

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS.

LA RAZA INDIGENA.

BREVES REFLEXIONES.

*Sr. D. Ramón G. Chavarría,
Secretario de Gobierno
Monterrey*



MÉXICO.

IMPRENTA MARIANO VIAMONTE, ZULETA NÚM. 18.

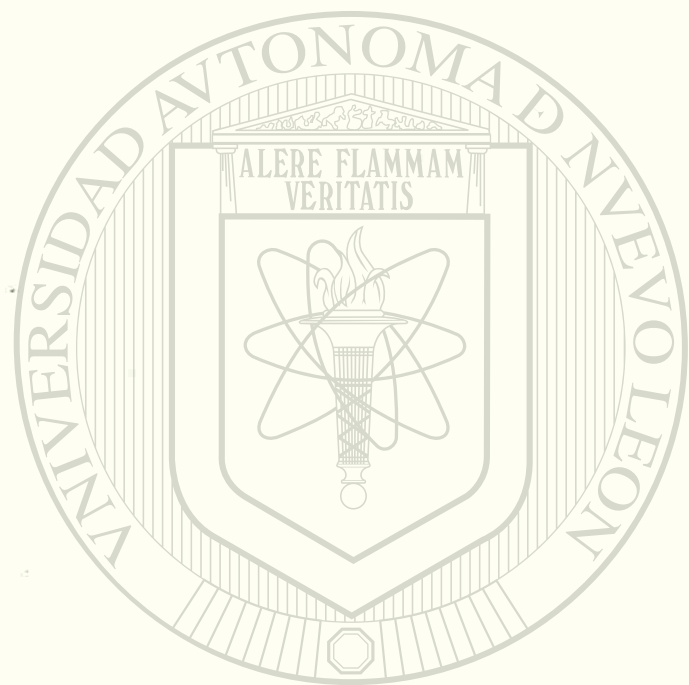
1904

58
L86
904

E 58

. L 86

1 904



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

LA RAZA INDIGENA.

BREVES REFLEXIONES.



IMPRESA MARIANO VIAMONTE, ZULETA NÚM. 18.

1904

ES 8

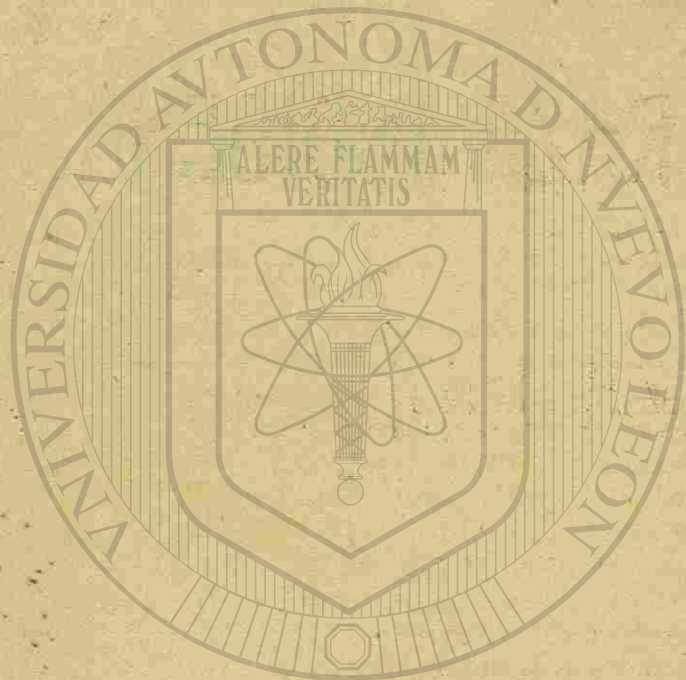
L 86

1904

0136-88460



1020132848



FONDO
PÉREZ MALDONADO



No hace mucho tiempo que entraron en circulación, coleccionados, los trabajos científicos y literarios más notables de Don Francisco Pimentel, con prólogo del conspicuo escritor Don Francisco Sosa. Forman la colección cinco gruesos tomos en cuarto mayor, hermosamente impresos; y no es preciso decir que la publicación de tales libros ha sido todo un acontecimiento en la historia de nuestro muerto movimiento literario, pues dados su importancia intrínseca, su número y su volumen, era obvio que así sucediese.

Don Jacinto y Don Fernando Pimentel y Fagoaga, hijos del autor, han sido los editores de esa publicación. La empresa no ha tenido por objeto el lucro, sino un hermoso y elevado homenaje filial.

En su estudio extenso, razonado y brillante, ha hecho el prólogo un análisis de tal modo puntual de los trabajos incluidos en la colección, que para tener idea aproximada del alto valer de ellos, basta echar un vistazo a esa disertación elocuente, en la cual, con sobriedad y precisión admirables, hace conocer al lector la quinta esencia de los volúmenes, aquilatándolos con criterio superior y poniendo de relieve su mérito extraordi-

nario. Así, al recorrer tan elegante preámbulo, embargan el ánimo dos sentimientos igualmente gratos: el de un legítimo orgullo por ver que nuestra patria ha producido sabios y literatos de la talla de Pimentel, capaces de resistir la comparación con los más eruditos de Francia y Alemania, y el de una admiración entusiasta hacia quien ha sabido trazar con acierto y belleza el claro epitome de número tan crecido de obras abstrusas, variadas y disímiles. Un escritor menos docto y aguerrido que Sosa, se hubiera desorientado en el laberinto inextricable de todos esos asuntos, y no habría logrado producir más que un conjunto de esbozos deshilvanados, incoloros y truncoos; en tanto que él ha sabido salir airoso de la empresa, y con un timbre más de honor en su carrera de escritor público.

Los editores, conociendo lo que son nuestros aficionados á la lectura, que apenas compran libros, han distribuido lisa y llanamente los de su ilustre padre, como obsequio, entre ciertas personas (que llamaríamos selectas si no figurásemos entre ellas), evitando por este medio el penoso desdén y el frío olvido del público, que suele pararse frente á los escaparates de las librerías. Así ha quedado asegurada la amplia circulación de esos volúmenes, y con ella la renovación del aplauso que halagó tantas y tantas veces al autor de ellos.

Hermoso espectáculo el que ofrecen al país esos hijos fieles, cuyo homenaje de respeto y de amor sigue más allá del sepulcro al autor de sus días. Celosos de la gloria de su padre, le consagran este exquisito recuerdo, que es á la vez cariño y apoteosis. Si Pimentel hubiese podido elegir entre tal homenaje y un mausoleo ó una

estatua, es evidente que hubiese preferido la publicación de sus obras; porque en esto hubiera visto lo que hay en realidad: la renovación de su pensamiento, de su verbo, de su influjo intelectual sobre las almas de ahora. Y hubiera comprendido que eso era renacer, alentar de nuevo con vida enérgica, resucitar en espíritu y en palabra, en medio de las generaciones actuales.

Así que causa general complacencia esta hazaña editorial, porque á la vez que honra á la patria por la renovada exhibición de los altos méritos de uno de nuestros sabios mayores, demuestra que en la época mercantilista que vamos atravesando, aun hay corazones que saben sacrificar el interés al afecto, á la gratitud, á elevados ideales.

La obra de Pimentel es tan eminente y valiosa, que resiste todos los crisoles, desde el de la crítica, hasta el de los años. En cualquier país del mundo sería saludada por el aplauso y la admiración; en el nuestro no tiene rival en muchos de los asuntos que trata y dilucida. Profunda y meditada, vale por carretadas de papel impreso de tantos escritores que no cesan de comunicar al público sus sueños infantiles ó sus anémicas lucubraciones; y prueba por modo evidente, que el cerebro nacional es tan potente como los mejores, y puede elevarse á las alturas más excelsas donde se cierne el espíritu humano.

Desde que fuimos favorecidos con el obsequio de la *Colección*, nos propusimos consagrar á ésta algunas palabras, movidos á ello no sólo por su excelencia, sino también por el anhelo de corresponder de algún modo á la galantería y á los subidos quilates de la dádiva. Pero al hojear los volúmenes, nos sentimos embargados por esa im-

presión de temor y de pequeñez que se experimenta ante todo lo que es de veras grande; y nos consideramos incompetentes para tocar, aunque fuese superficialmente, aquellos asuntos que la pluma de Pimentel trató con tanta profundidad y con tan alto magisterio. La materia abundaba, por otra parte, y no sabíamos por qué especialidad decidirnos; pues la filología, la historia, la crítica y la sociología, que forman el variado tema de tales trabajos, nos inspiraban igual interés y solicitaban nuestra atención con igual fuerza.

Al fin, venciendo nuestros escrúpulos y lo que en lengua francesa se llama *l'embaras du choix*, nos hemos resuelto á hacer algunas reflexiones sobre el tema de la raza indígena (1); no porque tengamos la pretensión de ilustrar los áridos problemas que ese sujeto entraña, sino por el interés que ellos despiertan en el alma nacional y por la importancia patriótica que puede tener su estudio.

I.

Sobrada razón tuvo Pimentel al observar que ha sido siempre triste el destino de la raza indígena.

Ahora bien, ¿cuál es la causa de este hecho? Fuerza es inquirirlo.

El escritor que se consagra á desentrañar los orígenes de los hechos históricos, no puede satisfacer su criterio con las oscuras respuestas que dan á sus interrogaciones, los conceptos em-

(1) "Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México, y medios de remediarla."—México, Julio de 1864.

brollados, *el destino, la suerte ó la fatalidad*, pues sabe que esas palabras no son más que nombres más ó menos convencionales dados á las dificultades que embarazan el raciocinio.

Los acontecimientos humanos proceden de causas naturales que los explican, tales como la influencia del medio físico, de la herencia ó de las instituciones.

Los pueblos de este continente, cuyo origen asiático parece indudable, quedaron pronto y en época remota separados del resto del mundo, y se vieron obligados á elaborar por sí mismos una civilización á la cual (por más que se haya tratado de señalarle enlace con las de los pueblos del viejo mundo), no ha podido encontrarse hasta ahora filiación indiscutible (1).

Secuestradas así las razas que ocuparon esta grande isla llamada Continente Americano, á todo influjo y estímulo de pueblos mejor dotados ó de mayor cultura, fueron criando lenta, trabajosa y desordenadamente la suya, hasta llegar al grado en que las sorprendió la conquista ibérica. La primera impresión que causan las civilizaciones aborígenes, cuando se les analiza y estudia, es la de la extrañeza y la confusión, por los inusitados y contradictorios rasgos que se observan en su fisonomía peculiar. Constituidas por elementos heterogéneos y discordes, elevanse á grande altura en ciertos respectos, y en otros manifiestan un atraso lamentable. Así, en el imperio

(1) El Profesor Keane, de Londres, en un notable artículo traducido y publicado por los *Anales del Museo Nacional de México*, demuestra esta verdad con abundancia de datos y razones, y acepta la idea por otros emitida, de dar el nombre de *Amerindas*, á los pueblos americanos, aludiendo á su civilización autóctona.—A estas mismas conclusiones había llegado mucho antes el sabio historiador Orozco y Berra á quien ni siquiera menciona Mr. Keane en su bibliografía.—Véase su *Historia de México*, tomo 2º, libro 2º, capítulo 2º.

azteca, se advierten de pronto, junto á los primores de una poesía dulce y melancólica, el horror de una religión cuya ferocidad no tiene parangón con la de ningún otro rito idolátrico.

No obstante eso, mucho se ha dicho y escrito en elogio de la civilización azteca; y gran parte de nuestro pueblo ha llegado á considerar á los mexicanos como una nación que, en el pleno florecimiento de su esplendor y de su dicha, fué sorprendida por viles aventureros que la postraron en la ruina y en la abyección. Para esa porción de nuestros compatriotas, la historia de México anterior á la conquista, representa la edad de la bienaventuranza de las razas autóctonas. Sin negar que la conquista haya causado graves males á los moradores de estas comarcas, parecen, con todo, exageradas aquellas conclusiones, pues la verdad que resulta de la lectura de la fría historia precortesiana, dista mucho de autorizarlas. Es importante insistir en esto, porque conduce al estudio de los precedentes étnicos de nuestra nacionalidad, los cuales explican y aclaran tanto la situación criada por la colonia, como no pocos tropiezos y conflictos de nuestra vida independiente.

En oposición á la absurda prevención de los compañeros de Cortés contra los antiguos mexicanos, que llegó hasta negar á éstos la calidad de racionales y motivó la declaración papal de ser en todo iguales á los otros hombres, prodújose más tarde á su respecto, una reacción exageradamente benévola. Las humanitarias y piadosas leyendas de los primeros misioneros, fueron, en gran parte, fruto y resultado de ese sentimiento. Su ejemplo fué seguido después por casi todos los escritores posteriores á la conquista, los cua-

les han consagrado y consagran apasionados ditirambos á la civilización indiana.

No puede negarse que los mexicanos primitivos hayan realizado grandes conquistas en puntos muy importantes del humano progreso. Su moral teórica, sin ir más lejos, era pura y delicada; buena parte de sus instituciones rayó á grande altura de perfección; y no pocas de sus costumbres fueron admirables de decoro y solemnidad. Cultivaron, además, algunas industrias con suma destreza y perfección (como la escultura, la cerámica, la filatura de plumas y la orfebrería); y aun puede concederse que en algunas de ellas no tengan quien los aventaje, ni en los antiguos ni en los modernos tiempos. Mas, á pesar de esas excelencias y de los hermosos cantos y poesías que de ellos se conservan, no es posible darles el nombre de enteramente civilizados, aunque no fuera justo tampoco aplicarles el de enteramente bárbaros. Puede compararse su estado, aunque en escala más humilde, con el que guarda hoy día el imperio chino, el cual se eleva á grande altura en algunos respectos, y yace en otros á un nivel muy bajo; pues con sus extrañezas y contradicciones desconcierta y extravía la inteligencia y el criterio más perspicaces. Pasa con esos pueblos mezclados de luz y sombra, lo que con ciertos seres de estructura indecisa, que no caben dentro de ninguna de las especies consagradas por la ciencia, como el ornitorinco, animal dotado de pico y de cuatro patas, que los naturalistas no alcanzan á clasificar ni entre las aves ni entre los cuadrúpedos.

Admítase generalmente que la marcha progresiva de la humanidad tiene tres estados: el salvajismo, la barbarie y la civilización. El salvajismo

es el brutal de las tribus que no respetan la familia; con la barbarie viene el establecimiento de hogares permanentes; con la civilización (de *civitas*, ciudad) la erección de burgos ó apiñados caseríos.

Esta clasificación peca tal vez de demasiado formalista, pues todo lo somete á la determinación de rasgos externos colectivos, sin comprender en su enunciado la evolución psíquica y social de las agrupaciones humanas. El adelanto incluido en esas metamorfosis, entraña un número de hechos mucho mayor que el registrado por tales definiciones; á tal punto que el nomadismo y el sedentarismo sólo pueden ser vistos como rasgos exteriores de cambios profundos, aparecidos en el cuerpo social.

Es incóncuso que fué para las sociedades, durante su infancia, un gran paso el de poner punto á sus constantes viajes y peregrinaciones, ya tomando posesión definitiva de un campo, ya levantando en él moradas contiguas. Pero el progreso iniciado por ellas, no paró en eso, sino que fué haciéndose todos los días más hondo y complejo; engendrando así ténues é innumerables refinamientos. Del contacto inmediato de unos hombres con otros, de la creciente comunidad de sus intereses, de las exigencias de su defensa colectiva, y de la simpatía que entre ellos engendró su trato, surgieron naturalmente los equilibrios político, intelectual, moral y afectivo, manifestados por el respeto á todos los derechos y por el culto á los más puros ideales. Entonces y sólo entonces, fué cuando tomó el adelanto su fisonomía definitiva, que es la más hermosa de todas.

Aunque los hombres se aparten de la vida nómada, funden poblaciones y habiten casas cerca-

nas, no llegan á ser de veras civilizados, si no se respetan sus vidas y sus haciendas, si no estiman y hacen estimar su dignidad personal, si no ascienden á sus propios ojos y á los de los otros, á la categoría de seres intangibles y casi sagrados. Porque sólo entonces, cuando esas múltiples condiciones se realizan, vienen á ser un hecho en la sociedad la seguridad pública, la fecundidad del trabajo y el respeto á la libertad y á la honra.

Las sociedades caminan en dirección á esos bienes, y conquistan el título de más y más cultas á medida que los van obteniendo en mayor número; al paso que merecen menos y menos ese dictado, conforme se mantienen á más larga distancia de norte tan luminoso.

Para nosotros, más que en los rasgos exteriores de la trasformación colectiva, consiste la civilización en la intensa armonía de los adelantos que van ennobleciendo y fortificando el cuerpo social. Un solo avance, ó dos ó más en determinados ramos de la humana cultura, no constituyen una verdadera civilización, si otras ramas de esa misma cultura están rotas, ó secas, ó no han brotado siquiera en el tronco común.

No hay pueblo, por salvaje que sea, que no sobresalga en alguna industria ó habilidad peculiares, propias de su clima, orografía, fauna ó flora; ya sea manipulando productos de cetáceos, ya labrando piedras ó beneficiando maderas y pieles. Desde las industrias de los insulares de las Carolinas, basadas en la estopa del coco, hasta las del acero Bessemer, fundadas en el carbón de Durham ó en el hierro de Yorkshire, hay una inmensa escala de habilidades indígenas, que no deja fuera de cuadro ningún esfuerzo. Pero esa no es la cuestión. Cierto que el desarrollo de las

industrias es muy importante y contribuye en alto grado al bienestar del pueblo; pero también lo es que la felicidad popular estriba principalmente en el desarrollo del derecho, de la moral y de las buenas costumbres. Nada importa que se construyan templos gigantes ó se hagan maravillas de escultura, si las masas populares viven postradas y sacrificadas, en el seno de una sociedad servil y despreciable.

Ahora bien, uno de los rasgos distintivos del imperio azteca, á la llegada de los españoles, consistía precisamente en el absoluto menosprecio por él profesado al individuo y al pueblo, y en la incontrastable omnipotencia concedida al poder público sobre la gran masa social. De tan opuestos extremos, de esa tiranía y de esa postración, nacía naturalmente el envilecimiento del mayor número.

II (1).

A pesar de la brillante descripción que hace Clavijero de la constitución física del indio, pintándole bien formado, fuerte y casi hermoso, la verdad es que los mexicanos eran endebles por organización ó por mal alimentados. El Conquistador Anónimo llega á decir que «eran la gente que comía menos de cuantas había en el mundo;» de donde resultaba, según Zurita, que seis trabajadores indios no pudiesen hacer la labor de un solo español.

Aquellas naturalezas empobrecidas por la ina-

(1) La mayor parte de los datos y noticias á que se hace alusión en este capítulo, está tomada de «*Los Antiguos Mexicanos*» de Herbert Spencer, versión española de los hermanos D. Daniel y D. Jenaro García.

niación, aumentaban su flaqueza por una multitud de prácticas cruentas, circuncisiones y mutilaciones religiosas, castigos bárbaros y extrañas curaciones con efusión de sangre; de suerte que la escasa que les proporcionaban el atole, el chile, los frijoles y la tortilla de maíz, estaba á la merced de cualquier rito, castigo ó medicina, para salir de sus vasos descoloridos. Se puede tener alguna idea de la prodigalidad que mostraban para verterla, recordando que á los niños mismos, por vía de corrección, les punzaban el cuerpo con espinas de maguey, los azotaban con ortigas y hasta los mataban en ciertas ocasiones (1).

Mas á pesar de su postración física, profesaban los indios la mayor intemperancia en materia amorosa. Refiere Gomara que en Pánuco los hombres compraban á las mujeres por un arco, una flecha y una red, y que en México podían divorciarse probando que la esposa era mala, sucia y esteril. Clavijero atesta que los reyes y señores tenían muchas mujeres, y Francisco de Bolonia, que algunos poseían más de ochocientas. Según Torquemada, un solo rey de Texcoco engendró ciento cincuenta hijos, y Moctezuma llegó á ver ciento cincuenta de sus mujeres en cinta al mismo tiempo (2).

Aunque los misioneros se esforzaron en sus historias por pintar á los mexicanos altamente sobrios, casi abstemios por lo que á la bebida se refiere, surgen de fuentes respetables, indicios numerosos por donde podría sospecharse que los piadosos cronistas hubiesen procurado en esto, como en otras muchas cosas, echar un

(1) Obras Completas de Pimentel, tomo III, página 43.

(2) Obras Completas de Pimentel, tomo III, página 41.

industrias es muy importante y contribuye en alto grado al bienestar del pueblo; pero también lo es que la felicidad popular estriba principalmente en el desarrollo del derecho, de la moral y de las buenas costumbres. Nada importa que se construyan templos gigantes ó se hagan maravillas de escultura, si las masas populares viven postradas y sacrificadas, en el seno de una sociedad servil y despreciable.

Ahora bien, uno de los rasgos distintivos del imperio azteca, á la llegada de los españoles, consistía precisamente en el absoluto menosprecio por él profesado al individuo y al pueblo, y en la incontrastable omnipotencia concedida al poder público sobre la gran masa social. De tan opuestos extremos, de esa tiranía y de esa postración, nacía naturalmente el envilecimiento del mayor número.

II (1).

A pesar de la brillante descripción que hace Clavijero de la constitución física del indio, pintándole bien formado, fuerte y casi hermoso, la verdad es que los mexicanos eran endebles por organización ó por mal alimentados. El Conquistador Anónimo llega á decir que «eran la gente que comía menos de cuantas había en el mundo;» de donde resultaba, según Zurita, que seis trabajadores indios no pudiesen hacer la labor de un solo español.

Aquellas naturalezas empobrecidas por la ina-

(1) La mayor parte de los datos y noticias á que se hace alusión en este capítulo, está tomada de «*Los Antiguos Mexicanos*» de Herbert Spencer, versión española de los hermanos D. Daniel y D. Jenaro García.

niación, aumentaban su flaqueza por una multitud de prácticas cruentas, circuncisiones y mutilaciones religiosas, castigos bárbaros y extrañas curaciones con efusión de sangre; de suerte que la escasa que les proporcionaban el atole, el chile, los frijoles y la tortilla de maíz, estaba á la merced de cualquier rito, castigo ó medicina, para salir de sus vasos descoloridos. Se puede tener alguna idea de la prodigalidad que mostraban para verterla, recordando que á los niños mismos, por vía de corrección, les punzaban el cuerpo con espinas de maguey, los azotaban con ortigas y hasta los mataban en ciertas ocasiones (1).

Mas á pesar de su postración física, profesaban los indios la mayor intemperancia en materia amorosa. Refiere Gomara que en Pánuco los hombres compraban á las mujeres por un arco, una flecha y una red, y que en México podían divorciarse probando que la esposa era mala, sucia y esteril. Clavijero atesta que los reyes y señores tenían muchas mujeres, y Francisco de Bolonia, que algunos poseían más de ochocientas. Según Torquemada, un solo rey de Texcoco engendró ciento cincuenta hijos, y Moctezuma llegó á ver ciento cincuenta de sus mujeres en cinta al mismo tiempo (2).

Aunque los misioneros se esforzaron en sus historias por pintar á los mexicanos altamente sobrios, casi abstemios por lo que á la bebida se refiere, surgen de fuentes respetables, indicios numerosos por donde podría sospecharse que los piadosos cronistas hubiesen procurado en esto, como en otras muchas cosas, echar un

(1) Obras Completas de Pimentel, tomo III, página 43.

(2) Obras Completas de Pimentel, tomo III, página 41.

velo sobre la verdad, para evitar el escándalo y alcanzar la reforma y el arrepentimiento de sus neófitos. Sahagún, con todo, refiere, que no consideraban pecado lo que hacían durante la borrachera, y se embriagaban para hacer lo que querían y escapar al castigo. Bernal Díaz del Castillo asevera que eran afectos al vicio de la bebida hasta un grado tal, que los habitantes de Pánuco se embriagaban por medio de tubos, por conductos inusitados; *torpeza nunca oída*, termina el sencillo historiador. El Conquistador Anónimo afirma que bebían pulque con tanto exceso, que no paraban hasta no caer como muertos, y que tenían á grande honor beber y embriagarse mucho. Los mismos consejos que daba al pueblo el rey en el acto de su coronación, manifiestan á las claras la extensión que el vicio había alcanzado en Anáhuac: «Lo que principalmente os encomiendo, decía el monarca, es que no bebáis vino, porque es como narcótico que saca al hombre de juicio, de lo cual mucho se apartaron y temieron los viejos y viejas (esto es, los antiguos) y lo tuvieron por cosa muy aborrecible y asquerosa (1).»

Lógico es, en efecto, pensar que, si era tratado el asunto por el rey mismo hasta en ocasión tan solemne, haya sido por las proporciones alarmantes que hubiese adquirido aquella inclinación en las masas populares. Para nosotros es verosímil que el pulque haya sido una de las causas más poderosas de la decadencia física y moral del pueblo azteca, aun antes de la conquista. Así que la linda Xochitl, en vez de merecer poemas y estatuas, mereciera ser quemada en efigie.

(1) Obras Completas de Pimentel, tomo III, página 13.

Los espíritus encerrados en aquellos cuerpos macilentos, debilitados por los goces sexuales y calenturientos por la bebida, vivían, como era de rúbrica, perpétuamente asaltados por temores pueriles compañeros del neurosismo. El graznido del buho era señal de muerte para los mexicanos; un conejo ó una comadreja dentro de las habitaciones, presagiaba asalto de bandidos; un hormiguero dentro de un aposento, indicaba persecución para los dueños de la casa; cuando una mujer daba á luz gemelos, era preciso matar á uno de los niños, para evitar la muerte del padre ó de la madre (1).

Para colmo de miseria, apenas si se vestían. Los hombres, según Clavijero, llevaban simplemente un cendal á la mitad del cuerpo y una manta á la espalda; las mujeres se envolvían las piernas en una tela corta y echaban sobre sus hombros una camisa sin mangas. Solamente al rey y á los grandes señores les era lícito cubrir sus carnes más cuidadosamente. Los sacerdotes en sus ceremonias más conspicuas, se tiznaban el cuerpo con carbón de animales ponzoñosos, quemados, molidos y mezclados con grasa.

Altivos señores se encargaban de regir aquellos rebaños humanos. Los prisioneros de guerra pasaban de la esclavitud á la muerte: los padres vendían á sus hijos; y hombres y mujeres solían venderse como esclavos á sí mismos. La población agrícola se dividía en *calpulis*, *tecaleques* y *mayequés*. Los primeros ejecutaban trabajos en las propiedades del soberano y de sus señores; los segundos servían á los nobles, en torno de cuyas casas vivían; y los terceros, siervos del

(1) Obra citada, tomo III, página 30.

terruño, compartían con sus señores el producto de sus cosechas y cultivaban las posesiones reales por cuenta de sus amos. Puede decirse, por tanto, que todos los mexicanos, con excepción del rey y de la nobleza, eran más ó menos esclavos.

Los deudores, según Torquemada, eran encarcelados por deudas, y había tribunales especiales para juzgar á nobles ó plebeyos. Las leyes penales eran draconianas; casi todos los delitos se castigaban con pena de muerte. El adulterio, el asesinato, el escándalo, el incesto, la usurpación de las insignias reales, la simple remoción de mojoneras, la conspiración, el maltrato á los embajadores, el hurto de oro ó plata, y hasta el mero uso de una manta tan larga que llegase á los pies, merecían la pena de muerte.

En aquella sociedad inconexa é irreducible, la anarquía era el estado permanente. «En Anáhuac, dice Orozco y Berra, las tribus carecían de lazo común; cada una de ellas era independiente, bajo el gobierno de sus señores. Las ambiciones particulares encendían la guerra, y aun las mismas familias se dividían. Cada población tenía su jefe nominal, y todas las provincias aspiraban á separarse entre sí. Odios y rencores marcaban abismos entre las tribus y producían la guerra perpetua. Los mexicanos trataron de unirlos en una sola nación; pero la unificación que perseguían, hundió á aquellas miserables gentes en el más terrible despotismo. El imperio fué demasiado nuevo para hacer otra cosa que esclavizar. En lugar de amigos, tuvo secretos enemigos: y su grandeza fué una ilusión. En esta sazón llegaron los españoles, y la conquista se efectuó por un puñado de hombres.»

La humillación de los plebeyos era una insti-

tución nacional. Según Durán, la gente del pueblo no podía, bajo pena capital, entrar en los palacios, sino para prestar sus personales servicios. Únicamente el rey, los hombres distinguidos y los más notables caballeros usaban calzado; los demás no estaban autorizados para llevarlo, bajo pena también de muerte. Los pleitos de los pobres eran vistos y sentenciados en sitios humildes. Cuando alguno iba á saludar al rey, llevábale flores y presentes; y Moctezuma, según Durán, no se comunicaba con nadie, sino por medio de intérprete, á quien hablaba en voz baja y grave, moviendo apenas los labios. Moctezuma II ordenó que ninguno le sirviera, excepto los nobles, y se hizo respetar hasta un punto tal, que fué casi adoración. Ningún plebeyo podía mirarle el rostro, y perdía la vida el que lo hacía. Nunca ponía los pies en el suelo; era llevado en andas por los nobles, y al bajar, andaba sobre alfombras. Cuando viajaba, nadie podía ir por donde él iba; los otros viandantes se replegaban hacia los lados del camino. Según Cortés, cuando Moctezuma salía á la calle, lo que era extraordinario, todos cuantos le encontraban, volvían el rostro á otra parte para no verle, ó se postraban por tierra mientras pasaba, como lo hacen ahora los chinos y los japoneses con sus emperadores amarillos.

Las leyes suntuarias eran injustas y severísimas. Refiere Clavijero que el pueblo no podía usar mantas largas ni de algodón, ni construir casas de dos pisos, ni chozas puntiagudas, planas ó redondas, bajo pena de muerte; ni llevar adornos de oro ó piedras preciosas, ó siquiera de hueso ó madera, en labios, orejas ó narices, ni aros de oro en los brazos, ó ajorcaas ó cascabeles en los

tobillos, ni guirnaldas ó cintas de oro con plumas en torno de la cabeza. La severidad de esa legislación seguía á los pobres hasta sus hogares, no permitiéndoles tener sino vajillas de barro común, y prohibiéndoles usarlas de materia preciosa.

Por esta senda de odiosos privilegios y de menosprecio á las clases proletarias, llegó bien pronto el soberano, como lo insinuamos arriba, á ser respetado y temido casi al igual de un dios. «Estos reyes, decía el Conquistador Anónimo, son tan temidos y obedecidos, que sólo falta adorarlos como á dioses.» Y observa Durán, que en la elección de Huitzilihuitl, los jefes recomendaronlo al pueblo como al semejante de Huitzilopochtli, y le ungieron con el mismo betún con que embadurnaban la estatua de este ídolo.

Las exequias de los reyes eran señaladas por actos espantosos.—Los señores tenían un sacerdote ó capellán para celebrar las ceremonias domésticas. Cuando moría el señor, era inmolado el capellán para que le siguiese sirviendo en ultratumba; y eran sacrificados de igual modo el maestresala, el copero, los corcovados y los hermanos que le habían rodeado en vida, para que les pusieran casa en el otro mundo. Así lo dice Herrera.—Agrega Clavijero, que, cuando moría el monarca, era quemado su cadáver juntamente con sus vestiduras, armas é insignias, en tanto que en las extremidades de las escaleras del templo, era inmolado gran número de sus esclavos.—Al quinto día de fallecido el amo, según el mismo autor, eran sacrificados otros de sus esclavos, y seguían repitiéndose los sacrificios en los días vigésimo, cuadragésimo, sexagésimo y octogésimo.—Francisco de Bolonia relata que cuando al-

gún jefe se sentía próximo á la muerte, escogía dos de sus concubinas y uno de sus hijos predilectos para que le acompañasen en la otra vida. Al fallecer, era embalsamado, vestido, adornado y sentado en una cripta construida al efecto, con una concubina á la derecha, otra á la izquierda y el niño á los pies. Después de esto, se tapiaba la puerta, y las mujeres y el niño morían asfixiados.—Según Durán, los caballeros águilas celebraban la fiesta del sol inmolando un indio pintado de rojo, con el fin de enviarlo al sol para decirle que sus caballeros continuaban sirviéndole y le vivían muy obligados por los grandes favores que les había hecho en la guerra.

Para completar dibujo tan triste, no niega la historia indígena una última pincelada diabólica á ese cuadro de dolores y miserias. Como si fuesen pocas y llevaderas las penas de aquellos infelices, la inmólación constante y en masa de sus débiles, anémicos y desangrados organismos, remataba artísticamente su vida, como un golpe de orquesta al fin de un *crescendo* lúgubre.

Refiere Herrera que, siempre que los sacerdotes lo juzgaban conveniente, se dirigían al monarca para recordarle que los ídolos tenían hambre. ¡Hambre de corazones humanos! Los príncipes, en tan grave caso, se reunían y conferenciaban para proveer lo necesario sobre el particular, y acababan decidiendo hacer la guerra, y la llevaban en efecto, á los pueblos débiles comarcanos, de quienes no habían recibido injuria, sólo para proporcionar pasto á sus dioses. Y saliendo al combate, procuraban no matar á los vencidos, para tener víctimas á quienes sacrificar más tarde con ritos espeluznantes.

Moctezuma dijo á Cortés que, aunque le hu-

biera sido sencillo subyugar á los tlaxcaltecas, bien se había guardado de ello para conservar esa provisión de gente sacrificable.

Los dioses de la lluvia, según Torquemada, eran de gusto más exquisito que el de la guerra, pues no se contentaban con los corazones impuros de los prisioneros, que satisfacían á Huitzilopochtli; sino reclamaban tiernos é inocentes corazoncitos de niños de noble estirpe. Y la piedad azteca no les negaba ese placer delicado.

Narra Bernal Díaz del Castillo que, según el cómputo de los franciscanos, dos mil quinientas personas eran sacrificadas en México anualmente á esa monstruosa superstición, y Herrera agrega que la cifra anual de las víctimas humanas en México y las otras ciudades del lago, ascendía á veces á cinco, y hubo ocasión que llegase á veinte mil.

Espanto mezclado de repugnancia inspira el conocimiento de la forma en que se llevaba á cabo el rito sanguinario. Los detalles que da Clavijero á este propósito, son capaces de crispar los nervios de los más linfáticos é indolentes. El sacerdote, armado con filoso cuchillo de obsidiana, abría el pecho de la víctima, le arrancaba el corazón, y, aun palpitante esta entraña, la ofrecía al sol y la arrojaba á los pies del ídolo. En seguida, volvía á levantarla, hacía con ella una última oblación, y para concluir, la quemaba y guardaba con veneración sus cenizas. Cuando lo permitía el tamaño del ídolo, era costumbre introducirse la por la boca con una cuchara de oro, y ungir después con sangre los labios de la estatua. Con ella también eran untadas las cornisas del santuario.

¡Sangre y más sangre! Muñoz Camargo refiere que, una vez quemado el cadáver del señor,

eran recogidas cuidadosamente sus cenizas y que, amasadas con sangre, proporcionaban una pasta horrible con que se hacían figurillas que guardaban las familias como precioso recuerdo del difunto.

Una vez puestos en aquella horrible pendiente, llegaron los indígenas á los excesos más atroces de que han dado ejemplo los pueblos. Dice el Conquistador Anónimo que hubo tiempo en que al fin de grandes guerras, devoraban los mexicanos á todos los prisioneros. Según Clavijero, cuando era sacrificado alguno de ellos, se le decapitaba para conservar su cráneo, y el mutilado cadáver era arrojado por las escaleras del templo hasta el suelo, donde era recogido por el hombre de armas á quien pertenecía; y éste le llevaba á su casa, donde le hacía cocer y aderezar, para saborearlo después en alegre banquete. Los otomíes no lo hacían así; pero despedazaban el cuerpo, y, hecho cuartos, lo vendían en el mercado. El verídico Bernal Díaz del Castillo asevera que los indios comían carne humana como nosotros la de reses, y que tenían grandes jaulas de madera donde engordaban hombres, mujeres y niños para sacrificios y comilonas.

La lúgubre imaginación de aquel pueblo ávido de sangre y saturado de horror, no dejaba en paz ni los mismos cadáveres. Las murallas que rodeaban los templos, tenían como adorno y distintivo canillas, cráneos y calaveras. Muros había exclusivamente formados por esas espantosas reliquias.

Bajo aquel sistema de intimidación y de espanto, dada la degradación sistemática de los plebeyos y la tiranía de reyes, nobles y caciques, y bajo el influjo deletéreo del desprecio á la vida

humana y el amor al derramamiento de sangre en casas y templos, por motivos religiosos, políticos ó educativos: no hay que extrañar que el carácter de aquellas razas enflaquecidas y exangües se haya empequeñecido, disuelto y evaporado como esencia sutil en pleno y recio viento.

Decía Fr. Pedro de Gante que el peor rasgo del carácter de los indios era la bajeza; y que no emprendían ellos nada sino obligados por el maltrato. Zurita agrega no haber visto á ninguno que conservase memoria de alguna injuria recibida; y que los indios, llenos de humildad, obedecían á todo el mundo, y sólo conocían el trabajo y la sumisión.

El Sr. Fuenleal aseguraba á Carlos V que los plebeyos (*macehuales*) eran tan sumisos, que sufrían sin quejarse ser muertos ó vendidos.—El P. Acosta decía que tanto era el imperio de los caciques sobre los indios, y tanta la sumisión de éstos, que preferían morir á desagradarles á aquellos; de suerte que los caciques abusaban de los *macehuales* de un modo odioso con estafas, violencias y estorsiones.—Humboldt escribió que, cuando los españoles hicieron la conquista, encontraron ya al pueblo mexicano en aquel estado de abyección que acompaña al despotismo y á la feudalidad. El emperador, los príncipes, los nobles y el clero poseían lo mejor de la tierra; los caciques oprimían al pueblo; el cultivador era envilecido; pululaban los pordioseros por los caminos; y los hombres, por falta de acémilas, hacían el papel de bestias de carga.

Aquella bajeza encarnada en las costumbres y convertida en segunda naturaleza, era tan honda, que pervertía la imaginación de los nativos hasta en sus concepciones de ultratumba. Según

Torquemada, citado por Pimentel, los tlaxcaltecas creían que las almas de los nobles se convertían en nieblas, pájaros ó piedras preciosas, mientras que las de los plebeyos se trocaban en animales viles.

Observa Pimentel, con sobra de razón á este propósito, que si el idioma es fiel trasunto del carácter de los pueblos, las lenguas de los indios muestran el vergonzoso servilismo en que habían éstos caído. Hay en el idioma azteca un modo particular de hablar con las personas de elevada condición, el cual se aplica no sólo á ellas mismas, sino también á las cosas que les atañen; de tal suerte que los nombres, pronombres, verbos, preposiciones y adverbios tienen terminaciones reverenciales, propias para dirigirse á los próceres. En el otomí, en el pirinda y en otros idiomas de Anáhuac, obsérvanse también partículas especialmente consagradas á expresar humildad y sumisión. El zapoteco tiene un pronombre particular destinado á los superiores. «Pero, dice el mismo autor, donde llega al colmo la expresión del servilismo, es en el mizteco, el cual, entre otras formas de dicción, tiene un vocabulario *ad hoc* para la conversación con los grandes señores, á fin de manifestarles respeto. De suerte que las cosas pertenecientes á un noble, se dicen de una manera, y de otra, las pertenecientes á los plebeyos (1).»

Es este en la lengua humana, uno de los casos más singulares y característicos de sumisión incondicional y absoluta de todo un pueblo, observado por la historia; sumisión convertida, de

(1) Los japoneses tienen también en su idioma una forma de dicción humilde y reverente para hablar con los superiores, semejante á ésta.— Véase el artículo *Japan* de la *British Encyclopaedia*.

institución política, en modo de ser íntimo y radical de la masa proletaria. Esa abyección fué tanto más profunda é irremediable, cuanto que había arraigado en los espíritus y estaba consagrada por las funciones mismas del alma nacional. Es de creerse que aquellas gentes que se doblegaban material y psíquicamente ante sus amos, tenían las diferencias de clases como cosa natural y preestablecida, semejante al calor y al frío, á la luz y á la obscuridad; como algo que dimanaba de la constitución íntima de los seres, como una regla incontrastable de la naturaleza.

No sabemos si los parias de la India tendrán vocabulario tan humilde como esos; pero consta sí que los ilotas de Esparta y los esclavos de Roma nunca llegaron á tal estado de envilecimiento.

Mientras el alma no se doblega y el pensamiento no se corrompe, aun puede aguardarse una reacción enérgica en los resortes íntimos de la conciencia, que termine con la redención de los oprimidos. Pero cuando las funciones mismas del espíritu se doblegan ante los hechos brutales y aceptan la dura ley de la tiranía, no hay ya la más leve esperanza de una evolución salvadora.

II

Tal era la situación política y social en que se hallaba el Anáhuac, cuando, procedente de las regiones orientales y dando cuerpo á los sueños y supersticiones de Moctezuma, aportó Cortés á estas vírgenes comarcas al frente de algunos aventureros armados de hierro, cabalgando extraños

y nunca vistos animales y lanzando rayos, como hijos de Júpiter.

Dícese que el Valle de México contaba por entonces de ocho á diez millones de habitantes. Eso no obstante, aquellos extranjeros, valiéndose de la fuerza y de la astucia, lograron en poco tiempo echar por tierra el vasto imperio de Moctezuma, acabar con la nacionalidad mexicana y apoderarse no sólo del territorio de Anáhuac, sino también de otros señoríos y cacicazgos extensos y remotos.

Visible era en verdad la superioridad de los conquistadores sobre los incautos aborígenes. Dimanaba en parte de la pólvora, del hierro y del caballo, que los convertían en semidioses tonantes, exterminadores é invulnerables, y en parte de sus artes y astucias inventadas y sutilizadas en el mundo occidental, las cuales los elevaban psicológicamente sobre los indígenas, tanto como puede elevarse un arcángel sobre un hombre. Con todo, si el imperio azteca hubiese tenido suficiente cohesión, si no hubiese sido tan abrumadora la tiranía que pesaba sobre él, si no hubieran existido aquellas hondas rivalidades que separaban entre sí nación y nación, tribu y tribu y pueblo y pueblo, y, sobre todo, si el régimen opresor y degradante que pesaba sobre el país, hubiese dejado algo más de nervio en el carácter de los indios; habría sido imposible que novecientos europeos hubiesen logrado sojuzgar tan apretado conjunto de gentes y burlarse de tanto poderío oficial y de tan ostentoso despliegue de nativa grandeza.

A no ser por lo causa apuntada, no se explicaría satisfactoriamente que aquellas enormes masas de hombres se hubiesen dejado sujetar y

institución política, en modo de ser íntimo y radical de la masa proletaria. Esa abyección fué tanto más profunda é irremediable, cuanto que había arraigado en los espíritus y estaba consagrada por las funciones mismas del alma nacional. Es de creerse que aquellas gentes que se doblegaban material y psíquicamente ante sus amos, tenían las diferencias de clases como cosa natural y preestablecida, semejante al calor y al frío, á la luz y á la obscuridad; como algo que dimanaba de la constitución íntima de los seres, como una regla incontrastable de la naturaleza.

No sabemos si los parias de la India tendrán vocabulario tan humilde como esos; pero consta sí que los ilotas de Esparta y los esclavos de Roma nunca llegaron á tal estado de envilecimiento.

Mientras el alma no se doblega y el pensamiento no se corrompe, aun puede aguardarse una reacción enérgica en los resortes íntimos de la conciencia, que termine con la redención de los oprimidos. Pero cuando las funciones mismas del espíritu se doblegan ante los hechos brutales y aceptan la dura ley de la tiranía, no hay ya la más leve esperanza de una evolución salvadora.

II

Tal era la situación política y social en que se hallaba el Anáhuac, cuando, procedente de las regiones orientales y dando cuerpo á los sueños y supersticiones de Moctezuma, aportó Cortés á estas vírgenes comarcas al frente de algunos aventureros armados de hierro, cabalgando extraños

y nunca vistos animales y lanzando rayos, como hijos de Júpiter.

Dícese que el Valle de México contaba por entonces de ocho á diez millones de habitantes. Eso no obstante, aquellos extranjeros, valiéndose de la fuerza y de la astucia, lograron en poco tiempo echar por tierra el vasto imperio de Moctezuma, acabar con la nacionalidad mexicana y apoderarse no sólo del territorio de Anáhuac, sino también de otros señoríos y cacicazgos extensos y remotos.

Visible era en verdad la superioridad de los conquistadores sobre los incautos aborígenes. Dimanaba en parte de la pólvora, del hierro y del caballo, que los convertían en semidioses tonantes, exterminadores é invulnerables, y en parte de sus artes y astucias inventadas y sutilizadas en el mundo occidental, las cuales los elevaban psicológicamente sobre los indígenas, tanto como puede elevarse un arcángel sobre un hombre. Con todo, si el imperio azteca hubiese tenido suficiente cohesión, si no hubiese sido tan abrumadora la tiranía que pesaba sobre él, si no hubieran existido aquellas hondas rivalidades que separaban entre sí nación y nación, tribu y tribu y pueblo y pueblo, y, sobre todo, si el régimen opresor y degradante que pesaba sobre el país, hubiese dejado algo más de nervio en el carácter de los indios; habría sido imposible que novecientos europeos hubiesen logrado sojuzgar tan apretado conjunto de gentes y burlarse de tanto poderío oficial y de tan ostentoso despliegue de nativa grandeza.

A no ser por lo causa apuntada, no se explicaría satisfactoriamente que aquellas enormes masas de hombres se hubiesen dejado sujetar y

vencer por un puñado de invasores, y no hubiesen sepultado armas, caballos y caballeros intrusos, debajo de simples montones de piedras. Ni las bombardas, ni los mosquetes, ni las lanzas, ni las férreas armaduras hubiesen sido parte para evitar el desastre, al empuje tenaz de tantos millones de combatientes. Buena prueba de ello da la batalla de Otumba, en la cual fué un problema para los españoles, nada más que matar todo lo que había que matar. No combatían, sino inmolaban. Poco arriesgaban en la lucha, porque las piedras, los palos y los pedernales, resbalaban sobre sus vestiduras de hierro; pero el número de las víctimas era tan alto y era preciso herir tantas para llegar al fin de la sangrienta jornada, que hubo un momento en que el nervudo brazo de los sacrificadores se cansó y quedó desfallecido, impotente para seguir blandiendo lanza ó espada y continuar la monótona hecatombe. Sin el expediente de Cortés, de arremeter lanza en ristre contra el jefe de aquellas huestes desnudas y derribarle de las andas en que era conducido, allí, en aquel punto y hora, terminarían las hazañas de los castellanos, los trabajos de los aborígenes y las zozobras del menguado emperador azteca.

El grupo conquistador estaba como perdido en un mar humano. Con sólo que la multitud se hubiese estrechado, lo hubiera asfixiado entre sus ondas, como sucumbieron Laoconte y sus hijos, entre los apretados anillos de la serpiente. Mas aquellos soldados que cantaban y bailaban en medio del combate y se cubrían el rostro con máscaras horribles, ó con cabezas de tigres y leones para infundir espanto, eran unos combatientes infantiles. Podemos formarnos idea de ello,

por lo que pasa ahora con el ejército chino, que emplea los mismos procedimientos bélicos. Gritos, máscaras grotescas, bailes y farolillos sobre la cabeza, hacen de ellos una presa fácil para japoneses y europeos.

Pero los mexicanos no eran tímidos como los chinos, sino antes bien, valientes y briosos, como lo prueban acordes todos los relatos de la conquista. A pesar de su desnudez, de sus débiles armas y del terror que infundieron en su ánimo los desconocidos medios de exterminio de que los españoles disponían, hubiesen podido, repito, sofocar y aniquilar á Cortés y á sus hombres con su ciega abnegación y el peso de su masa, á no haber militado en su contra los vicios provenientes de su constitución nacional. El edificio incoherente y de partes mal unidas de aquel imperio, tenía que venir al suelo al menor empuje exterior. Al aparecer el extranjero, estallaron las rivalidades internas; las tribus enemigas, traicionando su raza, se aliaron con el conquistador en odio las unas de las otras; disgregóse prontamente el Estado, como atacado de podredumbre; y en medio de la anarquía general y de la confusión, el europeo, inteligente y audaz, logró sobreponerse á todos los elementos de resistencia, ora con las armas, ora por medio de la intriga.

La costumbre de obedecer, de sufrir y de morir, que había pasado en los pueblos indígenas á la categoría de necesidad constitutiva, contribuyó también á menguar el vigor de la defensa, porque los valientes mexicanos eran más aptos para morir que para matar, y, llevados de su tendencia pasiva, creían haberlo hecho todo, cuando hacían el sacrificio de sus vidas.

Cuahutemoc, prisionero de Cortés, lanza una

mirada codiciosa á la daga del vencedor, é invita á éste para que le quite la vida con ella, ya que no había sabido defender á su patria; y el mismo, más tarde, con los pies en el brasero, reprendía á su compañero de suplicio porque no sabía sufrir el dolor con estoicismo. «¿Crees que estoy en un deleite ó baño?» le decía.

Después de la caída de México, puede decirse que no hubo ya resistencia en Anáhuac. Novecientos españoles tomaron posesión del vasto imperio de Moctezuma y siguieron extendiéndose por dilatadas comarcas independientes. La última protesta armada contra la invasión extranjera, fué á realizarse al lejano cerro del Mixtón, donde perecieron más indios por inútil suicidio que por acometida briosa.

La indiferencia del indio al dolor y á la muerte, parece acusar sus lejanos orígenes étnicos. Sus padres putativos los asiáticos se manifiestan igualmente impassibles ante esos males. Así los chinos, aunque de escasa iniciativa para combatir, saben morir con extraña impassibilidad, una vez en manos del verdugo; y los japoneses, elevando el suicidio á institución nacional, aprovechan cualquier coyuntura para abrirse el vientre ó para degollarse.

Sea como fuere, en 1521 quedó España en posesión de las tierras conquistadas.

En aquellos momentos, no fué posible que los europeos formasen *a priori* un plan determinado para gobernar sus nuevos dominios. Recién venidos á estas regiones, poco conocedores de los idiomas nacionales, ignorantes de la historia del país y ajenos á sus tradiciones y costumbres, no era posible que ideasen desde luego un régimen en consonancia con los flamantes elementos que

tenían que ordenar y dirigir. Para eso necesitaban un examen minucioso y un conocimiento profundo de una multitud de causas y precedentes, y ellos, hábiles para el combate, carecían de las condiciones requeridas para desempeñar una labor tan delicada. Los misioneros se encargaron de llevarla á cabo: aprendieron los idiomas nativos, se mezclaron íntimamente con la población aborigen, descifraron los jeroglíficos, se instruyeron en la historia y estudiaron la mitología indígenas, observaron las costumbres populares y se penetraron de la índole y de la idiosincracia de los mexicanos. Y sus cartas, informes y crónicas, fueron los materiales que aprovecharon muy pronto los legisladores peninsulares para la expedición de su legislación colonial.

Entretanto se dictaban estas disposiciones, contentábanse los europeos con ir administrando las nuevas tierras conforme á las exigencias y á las circunstancias del momento.

El primer problema que se presentó á sus ojos, debe haber sido el de la población.

Para nosotros, es evidente que la idea del aniquilamiento de las razas autóctonas no cruzó jamás por la mente de los españoles. España, por aquel tiempo, tenía menos de doce millones de almas, y andaba comprometida en guerras y conquistas gigantescas por Europa y América. En tal virtud, hubiera sido insensatez de su parte pensar en la población del nuevo continente por su propia y exclusiva cuenta. Buena prueba de ello da el hecho de que en 1550, veintinueve años después de la toma de México, no haya habido más que 15,000 españoles dispersos por todos los países americanos recién conquistados. Aniquilar, pues, á los pueblos indígenas, hubiera sido para

los invasores, aparte de atroz salvajismo, torpeza inaudita; porque eso habría equivalido á convertir en inútiles y baldías las nuevas comarcas, por falta de brazos que las beneficiasen.

Por otra parte, no puede dudarse que consideraciones de humanidad y de altos ideales religiosos, hayan influido en el espíritu de un grupo selecto, para impedir el exterminio de las razas nativas. A eso contribuyeron principalmente los misioneros franciscanos y dominicos que vinieron con las primeras expediciones; los cuales, llenos de amor á los *pobrecitos indios*, los cubrieron con la cruz redentora y con el escudo de sus propios pechos para salvarlos de toda violencia, entretanto que iban murmurando á sus oídos el himno del amor y de la esperanza.

Así, pues, la horrible mortandad de indígenas efectuada al principio del régimen colonial por todo género de inhumanos tratamientos, debe atribuirse únicamente á la codicia y á la ignorancia de aquellos rudos aventureros. Los encomenderos que herraban y castigaban brutalmente á sus encomendados, que echaban pesos enormes sobre sus espaldas, que los sacaban bruscamente de las costas para hacerlos subir á la Mesa Central, y que los consagraban á mortíferos trabajos mineros, eran unos ignorantes que, al diezmar á la población aborigen, conspiraban, sin saberlo, contra sus propios intereses, matando la *gallina de los huevos de oro*. Violentos, rudos y ávidos de lucro, valíanse de aquellas pobres gentes, á quienes despreciaban, como de máquinas inconscientes; y así camuflaban á ciegas á la deshonra del nombre español y á la ruina del nuevo establecimiento. Por tanto, las medidas adoptadas por la metrópoli en defensa de los indios, cualquiera que sea

el espíritu que las haya inspirado, deben ser vistas como salvadoras de los intereses morales, históricos y económicos de España en América.

La palabra colonia aplicada á los establecimientos europeos fundados á raíz de la conquista, sólo por convención ha podido ser empleada, porque colonia viene de *colonus*, cultivador, y los conquistadores no vinieron á poblar ni á cultivar estas tierras, sino á explotarlas por medio de la sujeción y del trabajo de los mismos nativos. «Las colonias, dice J. B. Say, son establecimientos formados en países lejanos, por una nación más antigua, llamada metrópoli. Cuando esta nación quiere extender sus relaciones á un país populoso, ya civilizado, y cuyo territorio no quiere invadir, se limita á establecer en él una factoría, un centro de negocios, donde sus empleados trafican conforme á las leyes del país, como lo han hecho los europeos en China y el Japón.» No correspondiendo la ocupación de las regiones americanas al tipo colonial criado por griegos y romanos, y delineado por Adam Smith, hay que admitir que fué únicamente la toma de posesión de un inmenso inmueble, la adquisición de una hacienda colosal para la corona de Castilla, sin más fundamento que la conquista, ni más mira ulterior que la religión y la ganancia.

En los momentos en que la Nueva España fué incorporada al patrimonio de los reyes católicos, no contaba, repetimos, la península ibérica con su suficiente población para proveer á todas sus necesidades internas y externas. Por eso no pudo proporcionar sino escaso contingente para las empresas conquistadoras del Nuevo Mundo; por eso también, las nunca vistas hazañas que ilustraron el suelo americano, desde el Oregón hasta

la Patagonia durante el siglo XVI, fueron realizadas por reducidas huestes de valientes, que, sin arredrarse ante la enormidad de sus empresas, ni ante lo desconocido de las inmensas comarcas donde se perdían, ni ante el apretado número de los pueblos á cuyo seno se lanzaban, todo lo encomendaron á la fe en sí mismos, que engendra los héroes, y al empuje de su brazo, que hace los invencibles paladines.

Hay motivos para sospechar que la monarquía hispánica haya tenido alguna idea de la debilidad numérica de su población, cuando, en vez de alentar la emigración de sus súbditos á las regiones conquistadas, procuró obstruir con nimios requisitos y cortapisas el camino que á ellas conducía; si bien puede haberse mezclado con ese propósito conservador, una desconfianza suspicaz á la lealtad de los expatriados. Sea por una causa ó por otra, el hecho es que, en los momentos de realizarse la independencia de la Nueva España, no había en esta colonia, según cálculos de Humboldt y de Alamán, más de 70,000 peninsulares. Si se considera la extensión de estas comarcas, que llegaban desde las fronteras de Guatemala hasta Nuevo México, podrá fácilmente comprenderse cuán insignificante era aquel número de europeos, diluido en una población de seis millones de almas.

III.

Hay que tomar en consideración esta circunstancia para comprender y juzgar el régimen adoptado por España en su gobierno colonial. A nuevo continente y gente nueva, nuevo sistema ad-

ministrativo. Hubiera sido absurdo querer dirigir á las comunidades americanas como á las europeas. Las instituciones públicas son resultantes y concreciones de elementos derivados de la raza, del clima y de la historia de cada pueblo; de aquí la necesidad de aplicar á la masa indígena un procedimiento particular, que estuviese en consonancia con los factores de su propia vida.

Mucho se ha hablado de las Leyes de Indias. Pimentel hace de ellas un análisis detallado, imparcial y filosófico, acaso el más erudito y completo que en breves líneas haya sido hasta ahora formulado. De ese análisis resulta que la metrópoli procuró por medio de ellas, obtener la reducción de los indios á la fe católica, el respeto á su libertad personal, la conservación de sus gerarquías, el mantenimiento de sus propiedades comunes, el funcionamiento para ellos de tribunales especiales y la constitución de altas justicias que velasen por la intangibilidad de sus bienes y personas. Para que esa protección fuese más eficaz, apartó á los indígenas del peligroso trato con los europeos, prohibió á los clérigos abusar de la sencillez de los nativos, impidió á éstos vender sus bienes raíces fuera de almoneda, los exceptuó de diezmos, mandó que, llegado el caso, se les hiciese *guerra suave*, les disminuyó las penas cuando delincuentes y las aumentó para los que cometiesen delitos contra ellos.

Este sistema, imperfectamente reseñado, ha merecido calurosísimos elogios de muchos y severas censuras de no pocos. Aquellos le encuentran inspirado en los sentimientos más puros del cristianismo y de la caridad; éstos le objetan que, bajo el aspecto hipócrita de tendencias misericordiosas, ocultaba el propósito de mantener á los

la Patagonia durante el siglo XVI, fueron realizadas por reducidas huestes de valientes, que, sin arredrarse ante la enormidad de sus empresas, ni ante lo desconocido de las inmensas comarcas donde se perdían, ni ante el apretado número de los pueblos á cuyo seno se lanzaban, todo lo encomendaron á la fe en sí mismos, que engendra los héroes, y al empuje de su brazo, que hace los invencibles paladines.

Hay motivos para sospechar que la monarquía hispánica haya tenido alguna idea de la debilidad numérica de su población, cuando, en vez de alentar la emigración de sus súbditos á las regiones conquistadas, procuró obstruir con nimios requisitos y cortapisas el camino que á ellas conducía; si bien puede haberse mezclado con ese propósito conservador, una desconfianza suspicaz á la lealtad de los expatriados. Sea por una causa ó por otra, el hecho es que, en los momentos de realizarse la independencia de la Nueva España, no había en esta colonia, según cálculos de Humboldt y de Alamán, más de 70,000 peninsulares. Si se considera la extensión de estas comarcas, que llegaban desde las fronteras de Guatemala hasta Nuevo México, podrá fácilmente comprenderse cuán insignificante era aquel número de europeos, diluido en una población de seis millones de almas.

III.

Hay que tomar en consideración esta circunstancia para comprender y juzgar el régimen adoptado por España en su gobierno colonial. A nuevo continente y gente nueva, nuevo sistema ad-

ministrativo. Hubiera sido absurdo querer dirigir á las comunidades americanas como á las europeas. Las instituciones públicas son resultantes y concreciones de elementos derivados de la raza, del clima y de la historia de cada pueblo; de aquí la necesidad de aplicar á la masa indígena un procedimiento particular, que estuviere en consonancia con los factores de su propia vida.

Mucho se ha hablado de las Leyes de Indias. Pimentel hace de ellas un análisis detallado, imparcial y filosófico, acaso el más erudito y completo que en breves líneas haya sido hasta ahora formulado. De ese análisis resulta que la metrópoli procuró por medio de ellas, obtener la reducción de los indios á la fe católica, el respeto á su libertad personal, la conservación de sus gerarquías, el mantenimiento de sus propiedades comunes, el funcionamiento para ellos de tribunales especiales y la constitución de altas justicias que velasen por la intangibilidad de sus bienes y personas. Para que esa protección fuese más eficaz, apartó á los indígenas del peligroso trato con los europeos, prohibió á los clérigos abusar de la sencillez de los nativos, impidió á éstos vender sus bienes raíces fuera de almoneda, los exceptuó de diezmos, mandó que, llegado el caso, se les hiciese *guerra suave*, les disminuyó las penas cuando delincuentes y las aumentó para los que cometiesen delitos contra ellos.

Este sistema, imperfectamente reseñado, ha merecido calurosísimos elogios de muchos y severas censuras de no pocos. Aquellos le encuentran inspirado en los sentimientos más puros del cristianismo y de la caridad; éstos le objetan que, bajo el aspecto hipócrita de tendencias misericordiosas, ocultaba el propósito de mantener á los

indios siempre menores y sujetos al despotismo extranjero. Sin pretender que los españoles se hayan abstenido en lo absoluto de tales fines (los cuales fácilmente se explican, dados el valor de las tierras conquistadas y el natural deseo de no perder su posesión), es evidentemente injusto atribuirles nada más que intenciones maquiavélicas y torcidas. Más acertado nos parece decir que, tomando en globo ese cuerpo de leyes, fué inspirado en sentimientos rectos y generosos.

Los errores cometidos por España en su régimen colonial, no fueron patrimonio de ella sola, sino de todas las potencias europeas que tuvieron establecimientos de la misma especie en el Nuevo Mundo, á raíz de la conquista. «Desde el siglo XVI, dice Seignobos (1), las cinco potencias de Europa que tenían una marina en el Océano, poseían colonias, y Francia é Inglaterra procuraban adquirirlas. Todos los Estados tenían entonces los mismos principios sobre el objeto de las colonias y la manera de gobernarlas. No se les consideraba como territorios vacantes propios para recibir á los habitantes que no encontrasen modo de vivir en la madre patria. Europa estaba todavía mal poblada, tres veces menos que ahora; la mayor parte de los países que la componen, ni aun siquiera tenían habitantes en número suficiente para cultivar su propio suelo, del que una parte permanecía eriazo; ninguno estaba bastante poblado para sentirse estrecho dentro de sus fronteras. Los gobiernos, al tomar posesión de las tierras del Nuevo Mundo, sólo habían pensado en el provecho que podían sacar de ellas..... El gobierno procuraba reservarse

(1) «Histoire de la civilisation au Mayen Age et dans les temps modernes.»

todas las utilidades; así que sentaba el principio de que él solo tenía el derecho de explotar los productos de su colonia. Los holandeses dueños de las islas de la Sonda, prohibían á los europeos desembarcar en ellas, y como querían ser los únicos que cosechasen las especias, no permitían el cultivo de los árboles que las producían, sino en algunas islas fáciles de ser vigiladas; y construyeron en ellas fortificaciones para detener á los contrabandistas. Los gobernadores hacían viajes por las otras islas para arrancar los arbustos silvestres.—En el siglo XVIII, cuando las colonias comenzaron á poblarse, los colonos se dedicaron á exportar á Europa los productos de sus plantaciones, y traer de allá los objetos manufacturados que necesitaban para su uso. El gobierno vió en ese comercio una fuente de ingreso, y se reservó el derecho de comprar sus productos á los colonos y de venderles los objetos manufacturados. Y declaró que el comercio de la colonia era propiedad del Estado. Tal es el principio del monopolio.»

Dado el estado político y social que guardaba la raza indígena cuando perdió su autonomía, sería preciso hacer un extenso análisis comparativo entre él y las Leyes de Indias, para deducir de allí, con conocimiento de causa, cuáles de ellas fueron acertadas y cuáles erróneas; pues muchas de sus disposiciones se imponían en aquellas circunstancias, y fueron fruto natural de la situación que guardaban los pueblos conquistados y de la época en que fueron dictadas.

No emprenderemos nosotros esa tarea, con mucho superior á nuestras fuerzas, porque rebasaría los límites que nos hemos trazado al proyectar este artículo. Quédese tal trabajo, que está por

hacer, á plumas doctas y mejor cortadas que la nuestra; en tanto que nos limitamos nosotros á hacer con toda brevedad algunas reflexiones generales relativas á asunto tan importante.

Acostumbrados los indigenas á vivir bajo un régimen político y social altamente depresivo para su carácter, era empresa fácil para cualquier autoridad, noble ó señor, cometer contra ellos toda suerte de abusos con mengua de su libertad, de su hacienda y hasta de su vida. Aquella debilidad psíquica de los americanos, bien marcada ya en tiempo de Moctezuma, vino á pronunciarse de un modo total después de la conquista, por la inmensa superioridad de los europeos sobre los mexicanos. Así que, en aquellos momentos, eran los indios como materia preparada para la extorsión y para la injusticia. Tal desequilibrio, procedente de causas históricas, redujo á los indigenas, sin necesidad de artificio y por obra natural de los acontecimientos, á la condición de niños débiles é indefensos. No es, pues, de extrañar que hayan sido tratados de esta suerte; y fuerza es convenir en que las leyes que por tales los tuvieron, se inspiraron en la verdad y en la justicia. Los que condenan las de Indias, tachando de envilecedoras sus disposiciones en favor de los nativos, olvidan que si los principios de libertad, que son tan hermosos, hubiesen sido implantados en Anáhuac á raíz de la conquista, habrían sido fatales y deletéreos para las razas vencidas, que no estaban preparadas para la lucha.

Duele ver que los indigenas hayan vivido confinados en sus pueblos, donde no tenían trato fácil con los europeos; pero esta contrariedad se mitiga considerando que ese trato hubiera sido

fecundo en vejaciones y sufrimientos para ellos. Duele ver que el indigena no pudiese contratar en ciertos casos, sino mediante la intervención judicial; pero esa impresión se atenúa, tomando en cuenta que los españoles los engañaban fácilmente, dándoles baratijas de vidrio á precios irrisorios por sus más valiosos objetos. Duele ver que se haya equiparado el testimonio de cuatro indigenas con el de un solo blanco; pero dadas la simplicidad y la sencillez de los nativos, á quienes encantusaban á todo su sabor los ladinos iberos, se comprende la necesidad de esa disposición.

Así podría continuarse indefinidamente el análisis comparativo entre las leyes dictadas por la colonia y el estado social y mental en que sorprendió la conquista á los nativos, hasta llegar á desentrañar el espíritu de esa legislación y pronunciar sobre ella un juicio justificado y definitivo.

El que emprendiese un estudio de ese jaez, debería tomar en cuenta asimismo, el estado político y social de España en la propia época, porque la metrópoli no podía hacer en sus colonias cosa diferente de la que llevaba á cabo en su mismo suelo. Pongamos algunos ejemplos para hacer más perceptible nuestra idea. En la península ibérica existían leyes forales, que concedían gobierno propio á localidades determinadas, ¿qué extraño es que á semejanza de ese sistema haya reconocido y autorizado en la Nueva España los cacicazgos indigenas, que no eran más que débiles gobiernos locales autónomos? Si había allá bienes comunales ¿qué tiene de singular que se haya conservado en México esa misma institución, que era también indigena? Si había allá tri-

bunales privados para conocer de los negocios pertenecientes á éstas ó aquellas clases, reinos ó provincias ¿qué hay de extraordinario en que hayan sido criados acá jueces de la misma especie para conocer de los negocios de la raza indígena? Las mismas razones que en Europa hicieron aparecer aquellos privilegios é instituciones, dieron nacimiento á otras análogas en el Nuevo Mundo; con tanta más razón cuanto que las leyes que los autorizaron, no hicieron más que continuar las tradiciones nacionales referentes á esos mismos asuntos.

El punto débil para la defensa del sistema colonial, no estriba, pues, en eso, sino en el deliberado propósito de mantener en la ignorancia á la masa popular, con el objeto bien explícito y confeso de impedir sus intentos de rebelión é independencia. Pero este mismo cargo se atenúa, si se reflexiona que la instrucción pública andaba en España misma muy descuidada por aquellos tiempos, y que hubiera sido pedir á la metrópoli una abnegación de que no hay ejemplo, exigirle que hiciese en sus dominios ultramarinos lo que creía ser nocivo para la conservación de su poderío y de sus intereses. Son estos cargos teóricos, que fácilmente se formulan en las regiones abstractas, pero que deben hallar indulgencia en el terreno de los hechos, por proceder de debilidades propias de la humanidad.

IV.

Atribuye Pimentel la decadencia de la raza indígena á los lunares de su antigua civilización,

á la guerra de conquista engendradora de matanza, enfermedades y vejaciones, á la imperfecta noción religiosa que dejó en México la civilización cristiana y á los defectos ó falta de aplicación de las Leyes de Indias; y con el talento, con la erudición, con la claridad y con el método rigurosamente lógico que caracterizan sus sabios trabajos, expone, demuestra y fundamenta cada uno de esos capítulos, produciendo en el ánimo una convicción profunda acerca de la exactitud de sus asertos.

Con todo, debe agregarse á esas causas, otra que Pimentel no enumera, y que es en nuestro concepto, la más radical, la más importante de todas: nos referimos al choque de las civilizaciones europea y americana realizado en este suelo, y á la inevitable derrota de la segunda. Para nosotros, esa lucha, que fué breve, y ese resultado, que fué definitivo, no son más que el desarrollo y el cumplimiento de una ley natural: el triunfo de los más aptos.

Supongamos por un momento que España, al inaugurar su dominación en México, hubiese adivinado y prevenido las críticas que ahora se hacen á su régimen colonial, esto es, que hubiese desde luego abolido las comunidades, dejado libres á los indígenas para contratar y mezclarse con los blancos, y abierto con toda amplitud los puertos de la Nueva España al comercio del mundo. ¿Habría evitado con esto la decadencia de los nativos? Es inconcuso que no; antes por el contrario, la habría apresurado y acentuado, hasta convertirla quizás en destrucción rápida y total. La razón de ello es obvia; basta echar un vistazo al estado que guardaba su cultura, para comprenderla.

Los mexicanos no conocieron el fierro. Con piedras duras labraban las blandas; hacían sus armas de palo y láminas de obsidiana. Reducíanse sus artes á labrados de madera ó piedra, ídolos y loza de arcilla, tejidos de algodón, cueros curtidos, labores de pluma, curiosa orfebrería y pinturas jeroglíficas. Andaban descalzos y desnudos; se alumbraban con astillas de pino; comían plantas cenagosas, culebras, huevos de moscos, moscos y lodo acuático que llamaban *excremento de piedras*; cerraban sus puertas con esteras; dormían echados en el suelo; y eran antropófagos. Por más que nos seduzcan las patrióticas descripciones de Clavijero, la verdad es que nos parecen grandes sus adelantos sólo comparados con su aislamiento y con la barbarie que los rodeaba.

Wilson llama al periodo en que la conquista española detuvo á la civilización americana, «el primitivo y transitorio del bronce en el Nuevo Mundo, en el que no solamente las rudas artes del antiguo periodo de piedra habían sipo muy poco modificadas ó reemplazadas por las influencias metalúrgicas, sino que el hacha de piedra, la espada de madera con hojas de obsidiana incrustadas á lo largo de sus bordes, las puntas de obsidiana ó pedernal para las flechas, y los destrales de piedra y otras armas, eran de uso común, al par que las de metal.»

Por tanto, ¿cómo hubiera podido, no digo triunfar sobre la civilización occidental, mas ni aun siquiera disputarle el campo? De la misma manera que las acémilas humanas hicieron lugar á las bestias de carga, así sus groseras y raquílicas artes, tomadas en conjunto, se vieron obligadas á retroceder ante las perfeccionadas de los

europeos. El hierro dominó á la piedra y al bronce; las telas hermosas y baratas, á las rudas y caras; la arquitectura científica á la construcción empírica y basta; el libro á la piel curtida ó al papiro de maguey; la escritura al jeroglífico; la espada á la macana; el arcabuz á la flecha y la bombardita á la honda. Y en un orden más elevado de ideas, la idolatría cedió al monoteísmo, la poligamia á la monogamia y los sacrificios humanos á la caridad evangélica.

Presentáronse los españoles apoyados en una civilización cuatro ó cinco veces milenaria, que, partiendo de los arias, había pasado por los egipcios, por los griegos, por los romanos, por el Renacimiento y por el fuerte y alegre despertar de la edad moderna. Aquella masa brillantísima de luces y de conquistas preciosas, tenía por fuerza que eliminar los penosos y torpes tanteos de los toltecas, de los chichimecas y de los acolhuas, aun á través de los constructores de Casas Grandes y de la Quemada, de los *cliff dwellers* y de los *mound builders*.

¿Concíbese por ventura que los albañiles que construían los teocallis hubieran podido competir con los que hicieron la catedral de Burgos? ¿Puede imaginarse á un picapedrero indígena labrando el granito con cantos puntiagudos, junto á un picapedrero español armado de martillo y escoplo? ¿Puede admitirse un constructor de *macuahuitles* y de *chimales*, al lado de los fabricantes de láminas toledanas y de escudos de fierro?

Los mexicanos durante su aislamiento, pudieron cultivar con relativo esplendor sus artes é industrias incipientes, porque eran las superiores en el medio en que respiraban; y las excelencias de su civilización lograron manifestarse y triunfar

en el Anáhuac y sus dependencias, porque se elevaban sobre la barbarie de las tribus insumisas. La grandeza del imperio se componía de la majestad del monarca, del grandioso terror de una religión sangrienta, de la riqueza de una clase nobiliaria opresora y del desarrollo de ciertos oficios manuales minuciosos, deficientes é infantiles. Al realizarse la invasión europea, aquella máquina imperfecta y aparatosa cesó de funcionar, herida de impetencia, y las legiones de guerreros que formaban la fuerza del Estado, las de los sacerdotes que le regían, y las de los artistas é industriales que lo abastecían y hermoseaban, entraron en huelga forzosa, porque la gobernación pública fué asentada sobre nuevas bases, la religión exterminadora fué reemplazada por otra más dulce, arte militar y milicia flamantes entraron en escena, y mejores procedimientos y manufacturas invadieron los mercados. Tal revolución produjo por sí sola la destitución de los antiguos próceres, sabios, teólogos, artistas y menestrales; nó por la tiranía ni por la injusticia de los conquistadores, sino por la naturaleza misma de las cosas y por el desarrollo lógico del progreso.

El destronamiento de toda aquella vida y de toda aquella civilización, llevó forzosamente consigo la decadencia de las razas indígenas, porque, privadas éstas de su trabajo secular, de sus tradiciones industriales, de sus ricos mercados y de sus poderosos estímulos, viéronse de un golpe sumidas en la infecundidad y en la impotencia. Y cuenta que la súbita paralización del trabajo aborigen fué tanto más grave, cuanto que dimanó de un cambio radical en todos los órdenes de la vida, desde la religión hasta la familia. Esa metamorfosis total produjo en aquellos espíritus

rutinarios y tímidos, una especie de estupor que los sumió en la más triste postración. No eran ya los hombres de la época; aparecían secundarios en su propio suelo; sus adelantos lentamente elaborados en el trascurso de los siglos, resultaban ahora dos ó tres mil años atrasados, respecto de los que aportaban los hombres nuevos. Imposible para ellos entrar de un momento á otro en el desconocido sistema que se iniciaba, porque á ello se oponían sus ideas dominantes, sus preocupaciones, sus hábitos, sus ideales populares, toda la orientación en fin del alma nacional.

Las naciones occidentales no han sufrido jamás una sacudida como esa; en ellas ha sido regular y progresiva la marcha de la civilización. Desde Asia hasta Europa, puede seguirse paso á paso la historia del adelanto, al través de arias, egipcios, helenos é itálicas; de manera que todos los cambios que allí se han realizado, hasta los más fundamentales, hanse ido preparando lenta y gradualmente, como alba que se esfuma, esclarece y abrillanta antes de la salida del sol. En América no sucedió así; el tránsito fué brusco y de un solo momento, ¡de la edad del bronce á la del hierro, de la barbarie á la civilización! Es como si de improviso hubiesen caído sobre los habitantes de las ciudades lacustres, los ingleses ó los alemanes de ahora, con sus inventos asombrosos y sus artes refinadas. Un hombre conmovido por emociones de esa especie, perdería la razón; un pueblo en el mismo caso, entra en profundo desconcierto y cae inconscientemente en un abatimiento insondable. Se había creído mucho, y halla que no es nada; tuvo dioses y resultan falsos; veneró sacerdotes que son monstruos; cultivó artes y ciencias que parecen juguete de niños. ¡To-

do perdido de una vez; todo presa del naufragio! Rota la tradición, cortada la cadena de los sucesos propios, abandonados los antiguos caminos, trocadas en tinieblas las antiguas luces y surgidas otras vividas y deslumbrantes que ciegan tanto como la noche, titubea el espíritu, vacila la razón y desfallece y queda aniquilada la voluntad.

V.

El colapso sufrido por la raza indígena con motivo de la invasión española, no podía pasar sino mediante el cambio radical de las condiciones totales de su vida; y para eso necesitaba orientarse bien, ante todo, á fin de entrar con pie firme en el nuevo orden de cosas. Los tres siglos que duró la dominación ibérica, no fueron suficientes para este efecto.

Hemos dicho, y ahora repetimos, que la Nueva España no fué una verdadera colonia, sino una posesión de la Corona española, porque nunca recibió buen contingente de inmigrantes. Los pocos iberos que aportaban á estas comarcas, ó eran empleados de la Administración pública, ó mineros, ó agricultores que explotaban sus propiedades á la cabeza de numerosos indígenas. Esa constante penuria de europeos impidió que los naturales despertasen á la nueva civilización, pues sólo por mezcla de razas ó compenetración de espíritus, hubiera podido realizarse tal resultado. Fuera absurdo creer que los indígenas hubiesen podido reanudar algún día la interrumpida marcha de su civilización propia, porque á ello se opo-

nían las incontrastables fuerzas aparecidas con la conquista. Por tanto, si los nativos debían tener algún renacimiento, no podía ser por la senda de su cultura original, sino por la nueva trazada por los conquistadores.

Pero ese renacimiento no llegó á presentarse, porque la levadura que entró á formar parte de la composición indígena, no fué en cantidad suficiente para infundirle nueva efervescencia vital.

Ejemplos contemporáneos de meras dominaciones extranjeras, en países no asimilados á la metrópoli, tienden á demostrar que esas simples tomas de posesión no son bastante poderosas para transmitir á los nativos la cultura de las razas dominadoras. Los diversos resultados obtenidos por Inglaterra en su sistema colonial, suministran buena prueba de ello. Las colonias inglesas de la Nueva Inglaterra son las que en los tiempos modernos se han acercado más al tipo ideal de la colonización científica. Pacíficas, altivas, laboriosas, no fueron en zaga á la madre patria, ni en inteligencia, ni en cultura, ni en amor á la libertad; y poco después de fundadas, pudieron ya independerse y servir luego de base á un pueblo portentoso, que en poco más de un siglo de autonomía, ha logrado elevarse al pináculo de las mayores grandezas.

Las colonias de Australia se encuentran en el mismo caso. Apenas ligadas con la metrópoli por ténues vínculos de sujeción, comienzan á distinguirse á los ojos del mundo, como importantes nacionalidades en perspectiva.

Peró los ingleses, tan admirados en el Nuevo Mundo por su sistema de colonización, no han podido realizar en el Indostán algo que merezca elogio en esa misma línea. Ciertó que dominan

do perdido de una vez; todo presa del naufragio! Rota la tradición, cortada la cadena de los sucesos propios, abandonados los antiguos caminos, trocadas en tinieblas las antiguas luces y surgidas otras vividas y deslumbrantes que ciegan tanto como la noche, titubea el espíritu, vacila la razón y desfallece y queda aniquilada la voluntad.

V.

El colapso sufrido por la raza indígena con motivo de la invasión española, no podía pasar sino mediante el cambio radical de las condiciones totales de su vida; y para eso necesitaba orientarse bien, ante todo, á fin de entrar con pie firme en el nuevo orden de cosas. Los tres siglos que duró la dominación ibérica, no fueron suficientes para este efecto.

Hemos dicho, y ahora repetimos, que la Nueva España no fué una verdadera colonia, sino una posesión de la Corona española, porque nunca recibió buen contingente de inmigrantes. Los pocos iberos que aportaban á estas comarcas, ó eran empleados de la Administración pública, ó mineros, ó agricultores que explotaban sus propiedades á la cabeza de numerosos indígenas. Esa constante penuria de europeos impidió que los naturales despertasen á la nueva civilización, pues sólo por mezcla de razas ó compenetración de espíritus, hubiera podido realizarse tal resultado. Fuera absurdo creer que los indígenas hubiesen podido reanudar algún día la interrumpida marcha de su civilización propia, porque á ello se ope-

nian las incontrastables fuerzas aparecidas con la conquista. Por tanto, si los nativos debían tener algún renacimiento, no podía ser por la senda de su cultura original, sino por la nueva trazada por los conquistadores.

Pero ese renacimiento no llegó á presentarse, porque la levadura que entró á formar parte de la composición indígena, no fué en cantidad suficiente para infundirle nueva efervescencia vital.

Ejemplos contemporáneos de meras dominaciones extranjeras, en países no asimilados á la metrópoli, tienden á demostrar que esas simples tomas de posesión no son bastante poderosas para transmitir á los nativos la cultura de las razas dominadoras. Los diversos resultados obtenidos por Inglaterra en su sistema colonial, suministran buena prueba de ello. Las colonias inglesas de la Nueva Inglaterra son las que en los tiempos modernos se han acercado más al tipo ideal de la colonización científica. Pacíficas, altivas, laboriosas, no fueron en zaga á la madre patria, ni en inteligencia, ni en cultura, ni en amor á la libertad; y poco después de fundadas, pudieron ya independerse y servir luego de base á un pueblo portentoso, que en poco más de un siglo de autonomía, ha logrado elevarse al pináculo de las mayores grandezas.

Las colonias de Australia se encuentran en el mismo caso. Apenas ligadas con la metrópoli por ténues vínculos de sujeción, comienzan á distinguirse á los ojos del mundo, como importantes nacionalidades en perspectiva.

Peró los ingleses, tan admirados en el Nuevo Mundo por su sistema de colonización, no han podido realizar en el Indostán algo que merezca elogio en esa misma línea. Ciertó que dominan

allá inmensas comarcas, reciben vasallaje de cientos de millones de hombres, y tienen brillantes ciudades, puertos activos y constante y rico comercio con los naturales; pero también lo es que éstos permanecen extraños á la civilización inglesa, y continúan su antigua vida, paralelamente á la de sus señores. Lo mismo sucede en Egipto. Tampoco allí han logrado los dominadores imponer sus ideas y cultura; su supremacía se limita, como en la India, á la esfera de lo oficial y de lo mercantil.

¿Por qué tanta diferencia entre las colonias de América y de Oceanía, y los dominios británicos de Egipto y de la India? Porque en Oceanía y en América, se han desarrollado los establecimientos coloniales en territorios libres ó libertados de todo estorbo indígena, y porque sus adelantos han sido tan sólo la continuación de la cultura de lo metrópoli, llevada á cabo por sus propios hijos. Esas colonias no merecen el nombre de países nuevos; son desmembraciones de la madre patria trasplantadas á tierras lejanas, con todo el desarrollo de su historia. Así que no es maravilla que florezcan; como no lo es que dé flores y frutos el árbol adulto que, arrancado de su terreno con la totalidad de sus raíces, es plantado en otro donde sigue prosperando. Mas en Inglaterra y en Egipto, los ingleses han chocado con poblaciones nutridas y civilizaciones hechas, que se han opuesto á su influjo, y la guarnición militar que mantiene la metrópoli en uno y otro territorio, y el grupo más ó menos numeroso de negociantes que tienen sus establecimientos en Madras, Bombay y Singapore, ó en Alejandria, el Cairo y Puerto Said, representan una cantidad insignificante en el conjunto de la población de

ambos países, é incapaz, por lo mismo, de ejercer predominio en el mecanismo de las generaciones, ó de imponer sus ideas por la enseñanza ó por el ejemplo. Así para la mezcla como para la enseñanza de las razas, se necesita un número crecido de individuos de la superior, para imponer á la inferior nuevos ideales, procedimientos y costumbres. Cuando ese número es deficiente, el grupo dominante resulta incapaz para hacer tomar á los espíritus rumbos nuevos y para llevarlos á remolque en pos de su cultura.

Es costumbre generalmente seguida echar á España en rostro su poca aptitud colonizadora, por el estado en que dejó las Américas latinas después de su independendencia, y establecer contraste, para confundirla, entre sus colonias y las inglesas de Norte América. Después de lo dicho, ya se ve cuánta injusticia envuelve semejante proceder, pues las condiciones de unas y otras colonias fueron tan diferentes por su origen y por el medio en que se desarrollaron, que no cabe comparación racional entre ellas. Pudieran compararse las españolas con las inglesas de la India, por cierta similitud de condiciones; pero en este caso, sería preciso absolver á España de los cargos que se le formulan, ó condenar también á Inglaterra por su impotencia colonizadora.

Sea como sea, el hecho es que los indígenas de la Nueva España, al concluir el sistema colonial, se hallaban sumidos en apacible sopor, no ya diezmados ni tiranizados por la metrópoli, sino benévolamente tratados como menores de privilegio, cuya ignorancia y candor era preciso conservar y proteger. México independiente sacó á los naturales de la tutela en que vivían, destruyó sus comunidades y declaró su igualdad po-

ática y civil en el seno de la democracia; y, no obstante, en los ochenta años que llevamos de gobierno autónomo, no hemos podido lograr su plena resurrección histórica y el recobro de su antiguo esplendor. Aunque para explicar este fenómeno, se han inventado numerosas teorías y se lanzan cargos al gobierno nacional por el abandono en que, según se dice, tiene á los nativos, la verdad es que la administración pública no es responsable del estado de atraso en que la mayor parte de éstos se encuentra. La subsistencia de las mismas causas, ha mantenido en pie en nuestro país los mismos efectos. El gran núcleo indígena que en nuestro territorio se conserva (1), no ha podido acabar de combinarse con elementos bastantes á sacarle de su estupor; si bien, poco á poco, y de un modo casi insensible, va mejorando su situación colectiva. La República ha hecho en favor de los indígenas todo aquello á que estaba obligada, al adoptar sábias instituciones dentro de las cuales quedó restablecida la dignidad jurídico-política de aquellos. Destruídas las trabas que se opusieron á la mezcla y penetración de los diversos factores étnicos que se agitan en nuestro país, convertida la antigua protección á los nativos en grave respeto legal, impulsada la instrucción de las masas y quebrantados los yugos económicos que pesaban sobre la cerviz de nuestro pueblo, quedó abierto el campo á indígenas y blancos para entrar en la vida del trabajo y luchar por el triunfo, por los honores y por la riqueza. La falta de protección á la clase indígena de que se acusa al Estado, se basa, pues, en una noción errónea

(1) Menos de tres millones en la actualidad.

de los deberes del poder público respecto del pueblo.

VI.

Con todo, por más que el problema relacionado con la rehabilitación de esa clase, continúe en pie, basta comparar el estado en que hoy se encuentra, con el que guardaba hace cuarenta años (fecha en que Pimentel publicó su trabajo), para observar que no es ya tan agudo ni apremiante como lo fué entonces.

En los tiempos en que apareció la *Memoria*, existían todavía en nuestro país, según ella lo afirma, las comunidades indígenas; las costumbres generales envolvían desprecio y hostilidad para los nativos; mantenían los hacendados á sus sirvientes en hipócrita esclavitud, por medio de préstamos y anticipos que los encadenaban al terruño; leyes y procedimientos penales, desordenados y dispersos, hacían ineficaz la acción de la justicia; bandas numerosas de malhechores indígenas infestaban los caminos públicos; rechazaba el agricultor los arados modernos; había idólatras á tres leguas de México; y era tal y tan ciego el fanatismo, que iban á pie los nativos sesenta leguas allende Guatemala, para adorar la imagen del Señor de Esquipulas. Tribus bárbaras ocupaban todavía una parte del territorio nacional (mayas, seris, apaches, huicholes, coras, yaquis, mayos, tarahumares, lacandones) y eran bastante numerosas para infundir terror á los blancos. Algunas de ellas, sembrando ruina y desolación, solían llegar hasta Zacatecas, que está

en el corazón del país. Sin duda Pimentel tuvo también presente al trazar este cuadro, la actitud del tristemente célebre Losada, régulo de las serranías del Nayarit, quien se mantuvo independiente del Gobierno Nacional durante más de veinte años, y batió poderosos ejércitos enviados para someterle. Precisamente cuando apareció la *Memoria*, manteníase Losada en actitud equívoca frente al imperio, y trataba con Maximiliano de potencia á potencia.

Con razón, á la vista de tales hechos y circunstancias, veía Pimentel como posible una guerra espantosa de castas.

Comparando el cuadro anterior con el que presenta ahora nuestro país, es posible apreciar en lo mucho que vale y significa la considerable transformación que se va operando en la raza nativa. Puede asegurarse desde un punto de vista general, que han desaparecido las comunidades; las costumbres no son ya desdeñosas ni adversas á los naturales; comienzan éstos á entrar en la vida moderna; códigos sabios, eterna gloria de México, han hecho desaparecer lentitudes y deficiencias en la tramitación de los negocios de curia; disminuyen día á día los abusos de los terratenientes; han desaparecido las aduanas interiores; las industrias y el comercio han tomado un vuelo asombroso; es completa la seguridad pública; hanse multiplicado los medios de trabajo; y los malhechores que, formando cuadrillas, desbalijaban antes á los pasajeros en los sitios boscosos ó en las encrucijadas, hanse convertido paulatinamente en industriales y agricultores, que aumentan la riqueza general con su honrada labor, y llevan á los hogares la abundancia y el bienestar.

La idolatría ha ido á refugiarse á las cordilleras de la Sierra Madre ó á las costas malsanas, donde lo abrupto y áspero del terreno les ha prestado refugio. Han decaído las danzas y peregrinaciones grotescas, y prácticas más sinceras y regulares de la religión nacional, ganan terreno en las más bajas capas sociales. No existen ya en el país tribus insumisas: los apaches y comanches del Norte desaparecieron; los nayaritas están definitivamente incorporados á la nación; los yaquis, mayas y mayos acaban de ser batidos y sojuzgados; los seris, huicholes, tarahumares y lancanones viven en paz con los blancos y comienzan á entrar en las prácticas de la civilización. Ha desaparecido todo peligro de guerra de castas; la nacionalidad mexicana consolidada firmemente, es una é indivisible desde el Bravo hasta el Usumacinta; la maquinaria agrícola é industrial ha penetrado ampliamente en nuestro territorio; las negociaciones rurales rebosan de trilladoras, desgranadoras y molinos eléctricos; los rudos arados de antaño han sido sustituidos por otros más perfectos; y nuestras tierras, más bien cultivadas, dan abundante trabajo y mejor salario á mayor número de brazos.

Así es como han llegado á realizarse muchos de los *desiderata* de Pimentel, en virtud de la feliz evolución efectuada en México desde hace un cuarto de siglo. La evolución, con todo, se ha realizado de muy diferente manera de la prevista por Pimentel. «Mientras los indios, decía él, estén embrutecidos y degradados, mientras no tengan necesidades físicas y morales, ideas de patria, honor y deber, ¿será posible que formemos un verdadero pueblo? Es imposible que entre nosotros haya espíritu público, que todos los ciu-

dadanos tomen parte en la formación de un buen gobierno, que tengamos un ejército pundonoroso y entusiasta para defender el país de sus enemigos. Para que una nación sea fuerte y respetada de las otras, es preciso que esté animada del espíritu nacional, que conduce á sus miembros á subordinar su interés personal al general. Solón decía que la ciudad más feliz, le parecía aquella donde los ciudadanos estaban tan unidos, que los que no habían sido ultrajados, sentían con la misma fuerza las injurias, que aquellos que las habían recibido (1).

«¿A qué fin pensamos tanto en mejorar las cosas, cuando no hay personas? Queremos caminos de fierro, y la mayor parte de nuestra población no sabe andar más que á pie; queremos telégrafos, y el indio ve ese aparato como cosa de nigromancia; queremos introducir el gas en nuestras ciudades, y casi todos nuestros compatriotas se alumbran con *ocote* (2); queremos extender nuestro comercio y no hay consumidores. Con razón un extranjero ilustrado que visitó á México hace pocos años, decía: «Con la mejora del estado y carácter de los indios, progresaría México; pero mientras que esto se verifica, sus más afamados admiradores poca esperanza deben tener de su adelanto y aun de su existencia como nación (3).»

Y más adelante: «Debemos reflexionar igualmente que la civilización puede ilustrar la mente del indio, pero acaso no mejorar su carácter. Ilustrado el indio, pero desenvolviéndose en él un talento maligno, su civilización traería males y no

(1) Plutarco.—Vida de Solón.

(2) Madera resinosa.

(3) Brantz Mayer.—Mexico as it was and as it is (Pág. 202).

bienes. En la tribuna de las cámaras, en las reuniones políticas, hemos ya oído á los indios ilustrados vociferar contra los blancos, hemos visto á menudo, algunos abogados de color asestar á los naturales contra los propietarios, decirles que ellos son los dueños del terreno, que lo recobren por la fuerza. Se ha observado también otra circunstancia: el indio degradado y envilecido hoy, levantado mañana á una grande altura, se desvanece y aturde, se vuelve arrogante, ve á todos con desprecio y con lástima. En varios lugares de este escrito, hemos visto que los mayores tiranos de los indios, en todas épocas, han sido los mismos suyos, cuando se les ha elevado siquiera al rango de Alcaldes. Por estas razones, el Sr. Alamán decía en sus conversaciones, que *seria peligroso poner á los indios en estado de entender los periódicos.*»

Así, pues, no creía Pimentel que el país pudiese prosperar y elevarse, mientras los indios no fuesen sacados de su ignorancia, y reputaba inútil mejorar las condiciones generales de México, mientras no subiese el nivel intelectual de las personas; y por otra parte, manifestábase inquieto respecto al porvenir nacional, para el caso en que la inteligencia de los nativos llegase á ser cultivada, por temor de que se desarrollase en ellos un carácter maligno. A esa aparente contradicción hallaba Pimentel una solución inesperada en la trasformación de la raza, la cual, en su concepto, sólo podría efectuarse por medio de la inmigración. Así creía, probablemente, que podría evitarse el peligro de que los indios de raza pura llegasen á ilustrarse. Evidentemente el autor estaba en gran parte influido, al asentar tales conceptos, por las ideas de Alamán, quien

vivió y murió perseguido por la obsesión de nuestras dificultades étnicas. Esas mismas teorías, por otra parte, reinaron largo tiempo dentro y fuera del país, y muy especialmente en la época en que fué escrita la *Memoria*.

La verdad es que el aspecto que presentaba la nación mexicana hasta el último tercio del pasado siglo, fué propio para autorizar los más tristes pronósticos. Nos creíamos encerrados en un círculo de hierro: «ó civilización mediante el cambio de nuestra constitución étnica, ó atraso perdurable;» y como esa metamorfosis era, si no imposible, extremadamente difícil, resultaba que nuestro porvenir aparecía vinculado á un problema tenebroso. Por fortuna, en esto, como en todo, nuestro destino ha sido una especie de *boite à surprises*, pues en el seno de nuestra historia se han elaborado los acontecimientos, nó según el método ordinario, sino de una manera inesperada y sorprendente. Hemos tenido ferrocarriles, *cuando la mayor parte de nuestra población no sabía más que andar á pie*, y las empresas ferrocarrileras han prosperado, dejando á su paso, como sedimento benéfico, el trabajo, la industria y la riqueza. Hemos tenido telégrafos, *cuando los indios miraban los alambres eléctricos como aparatos nigrománticos*, y la lengua de Morse es hablada ya hasta en los rincones más apartados de la República. *Se alumbraban* hasta hace poco *nuestros compatriotas* con mecheros de grasa, velones de sebo y *rajas de pino*, y ahora las luces voltaicas y los focos incandescentes iluminan profusamente nuestras ciudades y casas, haciendo brillar en ellas un día perpetuo. *No creíamos tener mercaderías* que llevar á países extranjeros, y nuestras exportaciones alcanzan ya sumas respe-

tables y van creciendo prodigiosamente día por día.

Así ha sido como, sin saberlo, hemos buscado y vamos hallando la solución del problema indígena. Si hubiéramos esperado, como requisito preciso, según lo decía Brantz Mayer, que progresase el carácter del indio, para emprender en nuestro país las mejorás que la época demandaba, aun estaríamos sumidos en la postración de antaño; y sólo Dios sabe cuánto tiempo hubiéramos tardado para romper las nieblas de la rutina. Afortunadamente, al resolver los problemas económicos que pesaban sobre nosotros, é impulsar la máquina administrativa, y á la Patria con ella, por la senda que ahora sigue, hemos sentado firmemente las bases para la regeneración y el adelanto integrales de nuestra patria.

El gran medio que vamos encontrando para elevar el nivel intelectual y moral de los nativos, es el de la libertad: libertad económica, libertad política y libertad civil: todas las libertades. He aquí la palabra del enigma. Franqueadas las fronteras del país y de los Estados al tránsito y al comercio universales, vanse logrando paulatinamente la mezcla y la amalgama de todas nuestras razas, no tanto por el cruzamiento, cuanto por el influjo de los espíritus. La división verdadera que existe entre los hombres, no estriba en las razas, sino en la cultura. Puede decirse, en cierto modo, que el indio civilizado deja de ser indio, así como los negros y los amarillos civilizados, dejan de ser negros y amarillos. Porque la civilización cambia pensamientos, gustos, costumbres, ideales, todo cuanto constituye al hombre intelectual y moral. Así que puede afirmarse que el hombre es de la raza á cuya civilización pertenece.

Por eso el roce y continuo trato de las clases más ilustradas de México con las nativas, ha ido mermando las filas indígenas momento por momento.

Incontable número de indios sabe ya leer y escribir, manejar y aprovechar las máquinas agrícolas, construir terraplenes, plantar durmientes y fijar rieles de ferrocarril, é instalar y mover ingenios y telégrafos. Del seno de esa raza salen soldados, médicos, jueces, abogados y sacerdotes; el comercio y las industrias están llenos de gente de tez bronceada, que maneja hábilmente los negocios y se eleva á los puestos más honoríficos de la dignidad y de la riqueza. Juárez, el más osado y enérgico de nuestros políticos, era indio; Altamirano, poeta, literato, orador, uno de los escritores más gloriosos de nuestra patria, fué indio también.

Así es como la unificación de México camina á su cumplimiento, como lo deseaba Pimentel.

¿Por qué la libertad, que hubiera sido deletérea durante el período virreinal, ha sido salvadora para los indígenas después de nuestra independencia? La causa de esta aparente contradicción fácilmente se alcanza. En tiempo de la colonia, dominaba la raza extranjera, orgullosa, intransigente, llena del sentimiento de su fuerza y de su superioridad. Ella no hubiera visto nunca á los nativos como á sus iguales, y habría sabido trocar en todo tiempo la libertad legal de ellos, en fuente de abuso y de opresión. Al segregarse la Nueva España de la metrópoli, quedó el país dueño de sus propios destinos, y frente á frente unos de otros, criollos, mestizos é indígenas. Sea como sea, y por injustos é inhumanos que hayan sido los primeros y los segundos con los indígenas,

no es dable parangonar su conducta con la de los antiguos señores de este suelo, caciques ó europeos. La descendencia española que quedó al realizarse nuestra emancipación, había endulzado su carácter hereditario con las influencias del clima, del trato con los nativos y de la simpatía que á ellos la ligaba, por la mancomunidad de patria y destinos. Así que, aunque la masa autóctona haya sufrido y sufra aún las consecuencias de su libre comercio con criollos y mestizos, ha padecido menos por esta causa, que si hubiese vivido bajo un régimen semejante en tiempo del virreinato. Los españoles peninsulares y los españoles americanos han sido por igual, si se nos permite la frase, *virus* ponzoñoso para la raza indígena; pero los primeros, violento y mortífero, mientras los segundos, atenuado y simplemente morboso. Así se explica que los indios hayan necesitado la triaca de las Leyes de Indias para vivir al lado de los primeros, y que puedan resistir los efectos de la libertad, y aun medrar con ella, en compañía de los segundos.

VII.

La pacificación étnica del país está apenas concluyendo. Los yaquis y mayos acaban de ser vencidos y definitivamente sojuzgados por el ejército federal; la península yucateca ha sido totalmente conquistada por la República, hace apenas dos años. Así que bien puede decirse, que la obra comenzada por Cortés en el primer cuarto del siglo XVI, la vamos terminando nosotros en los primeros albores del siglo XX.

Por eso el roce y continuo trato de las clases más ilustradas de México con las nativas, ha ido mermando las filas indígenas momento por momento.

Incontable número de indios sabe ya leer y escribir, manejar y aprovechar las máquinas agrícolas, construir terraplenes, plantar durmientes y fijar rieles de ferrocarril, é instalar y mover ingenios y telégrafos. Del seno de esa raza salen soldados, médicos, jueces, abogados y sacerdotes; el comercio y las industrias están llenos de gente de tez bronceada, que maneja hábilmente los negocios y se eleva á los puestos más honoríficos de la dignidad y de la riqueza. Juárez, el más osado y enérgico de nuestros políticos, era indio; Altamirano, poeta, literato, orador, uno de los escritores más gloriosos de nuestra patria, fué indio también.

Así es como la unificación de México camina á su cumplimiento, como lo deseaba Pimentel.

¿Por qué la libertad, que hubiera sido deletérea durante el período virreinal, ha sido salvadora para los indígenas después de nuestra independencia? La causa de esta aparente contradicción fácilmente se alcanza. En tiempo de la colonia, dominaba la raza extranjera, orgullosa, intransigente, llena del sentimiento de su fuerza y de su superioridad. Ella no hubiera visto nunca á los nativos como á sus iguales, y habría sabido trocar en todo tiempo la libertad legal de ellos, en fuente de abuso y de opresión. Al segregarse la Nueva España de la metrópoli, quedó el país dueño de sus propios destinos, y frente á frente unos de otros, criollos, mestizos é indígenas. Sea como sea, y por injustos é inhumanos que hayan sido los primeros y los segundos con los indígenas,

no es dable parangonar su conducta con la de los antiguos señores de este suelo, caciques ó europeos. La descendencia española que quedó al realizarse nuestra emancipación, había endulzado su carácter hereditario con las influencias del clima, del trato con los nativos y de la simpatía que á ellos la ligaba, por la mancomunidad de patria y destinos. Así que, aunque la masa autóctona haya sufrido y sufra aún las consecuencias de su libre comercio con criollos y mestizos, ha padecido menos por esta causa, que si hubiese vivido bajo un régimen semejante en tiempo del virreinato. Los españoles peninsulares y los españoles americanos han sido por igual, si se nos permite la frase, *virus* ponzoñoso para la raza indígena; pero los primeros, violento y mortífero, mientras los segundos, atenuado y simplemente morboso. Así se explica que los indios hayan necesitado la triaca de las Leyes de Indias para vivir al lado de los primeros, y que puedan resistir los efectos de la libertad, y aun medrar con ella, en compañía de los segundos.

VII.

La pacificación étnica del país está apenas concluyendo. Los yaquis y mayos acaban de ser vencidos y definitivamente sojuzgados por el ejército federal; la península yucateca ha sido totalmente conquistada por la República, hace apenas dos años. Así que bien puede decirse, que la obra comenzada por Cortés en el primer cuarto del siglo XVI, la vamos terminando nosotros en los primeros albores del siglo XX.

Por otra parte, una gran porción del pueblo aborígen se encuentra en estado primitivo todavía. Los indígenas de las Huastecas, de los Estados del Sur y de las costas del Pacífico, hallanse en situación lamentable. Para ellos no han pasado los tiempos: aun ignoran si es rey ó presidente el Jefe del Estado; tienen caciques y jefes locales, á quienes obedecen como en lo antiguo; andan casi desnudos, se alimentan mal, y todo lo ignoran.

En los contornos de la misma Capital, agítase una multitud de indios sucios y semidesnudos, que no han podido salir de su miseria, y son, en nuestras calles de asfalto y á la luz de los focos eléctricos, como sonrisa sardónica en labios de Mefistófeles. El extranjero que llega aquí, al ver indias envueltas en arcaicos *huípiles*, llevando á la espalda niños suspendidos de lienzos inmundos, é indios raquícos vendiendo gusanos de maguey y moscos y pescados de pantano, se figura que el estado general de la población nativa, guarda relación con esas miserias.

Por fortuna no es así, por ilógico que parezca. Y es que la conmoción cerebral de la raza que cayó, llegó á su máximum de intensidad en el Valle de México, foco de la civilización azteca. Por eso ha sido aquí donde la inconciencia y la atonía de los aborígenes, ha sido más tenaz y dolorosa; por eso son los indios aquí más infelices que en ninguna otra región del país.

A pocas leguas de México, no vuelven á verse esos tristes ejemplares de miseria y desnudez, que sorprenden á los mexicanos de otros lugares, tanto como á los mismos extranjeros.

La labor reservada á las nuevas generaciones, es todavía muy árdua; pero el camino para lle-

gar á la fusión de las razas nacionales (por cruzamientos espirituales y físicos) ha sido ya descubierto; es el de la paz y el trabajo. Bajo esa blanca y santa bandera, se alistan las huestes civilizadoras que marehan á la conquista de las razas ignaras. México, al seguir definitivamente las orientaciones de su nueva vida, ha ido recogiendo á lo largo del camino, frutos inesperados y preciosos; semejante á los alquimistas de la Edad Media que, buscando la piedra filosofal, encontraron el amoniaco, el alcohol, el fósforo y tantas otras sustancias, que son hoy día tesoros inapreciables para la industria y el progreso del mundo.

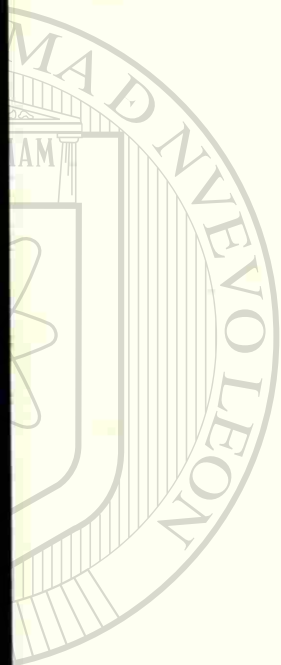
Ahora sólo resta continuar la obra con fe, sin desmayar ni levantar la mano hasta verla concluida, seguros de que nuestros hijos, si imitan nuestro ejemplo, lograrán ver el total renacimiento de la raza indígena, no á la hosca civilización de Moctezuma y de Huitzilopochtli, sino á la radiosa de Fulton, Stephenson y sus continuadores.

Saludemos, desde ahora, ese día dichoso para la patria, en que la población de México, homogénea y compacta, camine unida y con esfuerzo irresistible á la conquista de sus brillantes destinos.

MEXICO, AGOSTO 1º DE 1904.

José López-Portillo y Rojas. ®





UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA